

/85

LA IGLESIA

ORGANO OFICIAL DE LA ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ
FUNDADO EN 1905

Director: Guillermo Umaña Díaz Pbr



Ilmo. Sr. Fr. LUIS ZAPATA DE CARDENAS, O.F.M. (1573-1590)

LA IGLESIA

ORGANO OFICIAL DE LA ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ
FUNDADO EN 1905

Tarifa Postal Reducida No. 379 de la Administración Postal Nacional

Año LXXIX - Enero - Diciembre de 1985 - Números 1.126 - 1.137
"Tarifa para libros y revistas No. 459 de Adpostal Nacional"

Oficina: Carrera 6a. No. 10-63 Of. 302 Tel: 282 5916

CONTENIDO

ACTOS DEL ROMANO PONTIFICE

A los obispos de Colombia "Ad Limina Apostolorum": Saludo del Arzobispo de Bogotá	7
Saludo del Cardenal Arzobispo de Medellín	12
Saludo del Arzobispo de Bucaramanga y Presidente de la Conferencia Episcopal	16
Saludo del Presidente de la Comisión Episcopal Colombiana de Misiones	22
Carta Encíclica "Slavorum Apostoli"	28
Carta a todos los Sacerdotes de la Iglesia, con ocasión del Jueves Santo	47
Carta a los jóvenes y a las jóvenes del mundo con ocasión del Año Internacional de la Juventud	53
Carta Apostólica "Dolentium Hominum" en forma de "Motu Proprio"	81
Evocación de las etapas de su reciente paso pastoral por América. Catequesis	84
450 años de evangelización: Pasado, presente y futuro. Homilía	87

El Sínodo y sus logros en relación con el Vaticano II. Homilía	91
Discurso en la Universidad Urbaniana	95
La Curia Romana al servicio del Pastor Universal de la Iglesia. Discurso al Colegio Cardenalicio	99
El Perfil y la Acción de los Pastores de la Iglesia. Alocución	105
El Camino de la Iglesia en el año de 1985. Alocución	110
La Iglesia ante el porvenir de la familia. Mensaje	117
Jesucristo, Crucificado y Resucitado, camina a través de la Historia del Hombre. Mensaje "Urbi et orbi"	119
El Amor, la llamada y el mandato de Cristo a los jóvenes. Mensaje por las vocaciones	121
Las Comunicaciones Sociales para una promoción cristiana de la juventud. Mensaje	125
La tarea eclesial de llevar el Evangelio a todos los pueblos. Mensaje a la Jornada Mundial de las Misiones	129
Mensaje del Papa a los Presidentes de Venezuela y Colombia	133
Mensaje a Colombia en la catástrofe por el volcán del Ruiz	134
Carta al Cardenal Bertoli	135
El Cardenal Baggio, Nuevo Camarlengo de la Santa Iglesia Romana	136
Viaje Apostólico a Venezuela, Ecuador, Perú y Trinidad-Tobago	137
Viaje Apostólico a Holanda, Luxemburgo y Bélgica	140
Viaje Apostólico a Togo, Costa de Marfil, Camerún, República Centro Africana, Zaire, Kenia y Marruecos	143
Viaje Apostólico a Liechtenstein	146

SINODO DE LOS OBISPOS

II Asamblea General Extraordinaria Primeras Congregaciones generales	147
Relación del Cardenal Danneels al final del debate sinodal	148
Restantes Congregaciones generales	150
Relación final	154
Alocución de Clausura de la II Asamblea General Extraordinaria	167
Mensaje del Sínodo al Pueblo de Dios	173

ACTOS DE LA CURIA ROMANA

Secretaría de Estado

Testimoniar la fe cristiana en el mundo universitario y en la sociedad. Carta	177
El triduo Pascual: Centro y Corazón del Año Litúrgico. Carta	179
Apertura de los archivos correspondientes a los pontificados de San Pío X y Benedicto XV (1903-1922).	181

Congregación para la doctrina de la fe

Carta al Padre Edward Schillebeeckx	182
"Iglesia: Carisma y Poder. Ensayos de Eclesiología Militante" del P. Leonardo Boff, o.f.m. Notificación	184
Comunicado al respecto	189

Congregación para el Culto Divino	
La Comunión en la Mano. Notificación	189

Pontificia Comisión para América Latina	
Mensaje del Presidente	191
Reunión de la Pontificia Comisión	192
Informe sobre la Vida de la Iglesia en América Latina	195

Comisión para las relaciones con el judaísmo	
Notas para predicación y catequesis en la Iglesia Católica	201

Pontificia comisión para la auténtica interpretación del nuevo Código de Derecho Canónico	
Acta Commissionum	211

Penitenciaría Apostólica	
Decreto sobre la indulgencia Plenaria	212

Sagrada Congregación para los Obispos	
De separatione officii Vicarii Castrensis a munere Archiepiscopi Bogotensis	213

Consejo de Cardenales para el Estudio de los problemas organizativos y económicos de la Santa Sede	
Informe de Reunión	214

Comunicados de la Sala de Prensa	
Ratificación del tratado de paz y amistad entre Argentina y Chile	216
Ratificación y entrada en vigor de las nuevas normas concordatarias entre la Santa Sede e Italia	217
Acuerdo sobre el Concordato con Colombia	217
Sugerencias y propuestas sobre la estructura del Gobierno Central de la Iglesia y su Balance económico	218

CONFERENCIAS EPISCOPALES

Conferencia Episcopal Colombiana	
Los delitos del secuestro, la extorsión y el homicidio	223
Recomendaciones a Religiosos	226
Mensaje a los Religiosos	232
Mensaje a los jóvenes	236
Mensaje pastoral de la XLIV Asamblea Plenaria	238
Mensaje sobre la restauración del país	244
La visita del Papa a Colombia	247

Conferencia Episcopal Española	
Reconciliación y Penitencia	248

Conferencia Episcopal Argentina	
Consolidar la patria en la libertad y la justicia	249

ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ

Actos del Señor Arzobispo	
Comunicado de la Sagrada Congregación para la enseñanza católica	253
Llamamiento a colaborar en el Censo Nacional	255
Disposiciones sobre Sacerdotes falsos y no autorizados	256
Comunicado de la Cancillería	258
Colombia supera la tragedia. Homilía	259
Ordenaciones Sacerdotales	260

DECRETOS

Decreto No. 018 Encomiéndose solidariamente la cura pastoral de algunas parroquias	261
Decreto No. 020 Nombramiento de Vicarios Parroquiales, Secretario Privado del Sr. Arzobispo, Miembro del Equipo de Superiores del Seminario Menor y Adscripción de Diáconos	262
Decreto No. 023 Confirmación en su cargo a los Vicarios Episcopales	263
Decreto No. 028 Creación de la Delegación Arquidiocesana para la Educación Católica	263
Decreto No. 035 Nombramientos de Vicarios Parroquiales	264
Decreto No. 037 Modificación de límites de las Parroquias de Santa Bibiana y de Santa Clara	265
Decreto No. 038 Nómbrase Vicario Parroquial de San Bernardino de Bosa	266
Decreto No. 039 Aprobación de los estatutos de la "Fundación Casa de Ejercicios de Emaús"	266
Decreto No. 040 Nómbrase junta asesora y dirección de dicha Fundación	267
Decreto No. 042 Nómbrase Director de la Pía Unión de Jesús Adolescente	267
Decreto No. 047 Nómbrase Vicario Parroquial de María Auxiliadora y San Isidro	268
Decreto No. 049 Nómbrase a tres Arciprestes	268
Decreto No. 050 Nómbrase encargado de la Vicaría de Cristo Sacerdote	269
Decreto No. 053 Aprobación de las Constituciones de las Religiosas de la Comunicación Social	269
Decreto No. 056 Nombramiento de Presidente de la junta directiva de la Fundación Colegio de las Hermanas Benedictinas	270
Decreto No. 057 Incardinación del Padre Isafas Guerrero Fonseca	270
Decreto No. 058 Incardinación del Padre Hernán Bustos Cruz	271
Decreto No. 059 Incardinación del Padre Luis José Esteban Medina	271
Decreto No. 060 Incardinación del Padre Luis Eduardo Celis Segura	272
Decreto No. 064 Comité ejecutivo nacional para la visita apostólica del Papa a Colombia	272
Decreto No. 064 Bis Aprobación de los Estatutos de la Fundación "Casa de Ejercicios de Cristo Rey"	273
Decreto No. 066 Modificación de límites de las Parroquias de Nuestra Señora del Carmen, del Espíritu Santo y de San Alfonso María Ligorio	273
Decreto No. 067 Erección de la Parroquia de Nuestra Señora del Buen Consejo	274

Decreto No. 068 Constitución de la Comisión Arquidiocesana para la visita apostólica del Papa	275
Decreto No. 069 Reestructuración de los Arciprestazgos Nros. 2, 5, 12, 14, 29 y 36	276
Decreto No. 070 Reestructuración de las Vicarías Episcopales Territoriales	277
Decreto No. 071 Ordenación interna de las Vicarías Episcopales Territoriales	279
Decreto No. 072 Vicaría General y asuntos pastorales	281
Decreto No. 073 Vicario General y asuntos administrativos	282
Decreto No. 074 Delegación para la formación permanente del clero y la pastoral vocacional	284
Decreto No. 075 Nombramiento de Vicarios Generales y Episcopales	285
Decreto No. 076 Nombramiento de Vicarios Parroquiales, Miembro del Equipo de Superiores del Seminario Menor y adscripción de Diáconos	286
Decreto No. 080 Encomiéndose solidariamente la cura pastoral de algunas parroquias	287
Listado de Nombramientos	288

CRONICA

Nuevo Obispo de Buga	297
Nuevo Obispo de Cali	298
Nuevo Arzobispo de Pamplona	298
Centenario del natalicio de Mons. José Vicente Castro Silva	299
Las Nieves y Santa Bárbara: Testimonio de la Evangelización en Colombia	300
Nuevo Obispo Auxiliar de Bucaramanga	301
Nuevo Provincial de los Jesuitas en Colombia	302
Nuevo Prefecto Apostólico en Guapi	303
Elevación a Obispo del Prelado de Tibú	303
Renuncia Obispo de Facatativa	304
Nuevo Vicario Castrense	304
Nuevo Obispo de Neiva	305
Nuestra Señora de la Peña: Tres siglos de filial veneración	305
Nuevos Obispos en Ipiales y Espinal	306
Jubilios sacerdotales arquidiocesanos	307

OBITUARIO

Pbro. Francisco Cortés Ayala	308
Pbro. Darro Collantes Mora	308
Mons. Rafael Antonio Ovalle	308
Padre Luis María Fernández Pulido	310
Padre Francisco Soto Montoya	310
Padre José Isidro Trujillo Robayo	311
Padre Juan Jaramillo Arango	311
Padre Ricardo Alvarez Robledo	312
Padre Joaquín Luna Serrano	312
Padre Angel María Ramírez Melendez	313
Sr. Arzobispo Alberto Uribe Urdaneta	314

ACTOS DEL ROMANO PONTIFICE

LOS OBISPOS DE COLOMBIA EN VISITA
"AD LIMINA APOSTOLORUM"

SALUDO DEL ARZOBISPO DE BOGOTÁ

Santísimo Padre:

Venir a Roma a visitar al Sucesor de Pedro es no solamente el cumplimiento de una norma canónica, sino también, y acaso más, la satisfacción de una necesidad espiritual, tanto más apremiante cuanto mayores y más urgentes son los problemas de diversa índole que hoy afrontamos los obispos de lejanas tierras, como es este grupo de Pastores que apacientan sus rebaños en la Iglesia peregrinante en Colombia. Estamos lejos por la distancia geográfica, pero muy cerca por los vínculos del amor, de la doctrina y de la obediencia al Pastor y Maestro de la Iglesia de Cristo.

Nos habéis escuchado, Santo Padre, a todos y cada uno de nosotros, en audiencia particular, y habéis podido compulsar la marcha de nuestras diócesis, sus dificultades y sus progresos, sus pruebas y sus esperanzas. A la vez, hemos tenido la fortuna de oír vuestra palabra de aliento, iluminación y consuelo para nuestro servicio pastoral. Han sido diálogos fecundos, prometedores de renovación apostólica y de incremento de la vida eclesial. Por ello nos sentimos alegres y os damos las gracias.

Ahora se colma nuestro gozo por esta audiencia colectiva, en la que os reiteramos nuestros sentimientos de fidelidad y escucharemos vuestra voz de Maestro que, como Pedro, confirma la fe de sus hermanos (cf. *Lc* 22, 32).

Entre los signos negativos del mundo contemporáneo vemos con honda preocupación que los hombres están profundamente divididos, tanto por las ideologías como por las acciones, que en numerosos casos llevan el sello de inhumana violencia. La capacidad de destrucción, la crueldad de los enfrentamientos, la violación de los derechos elementales, el inmenso dolor injustamente sembrado en las familias y en los corazones, parecerían estar diciendo que los hombres perdieron la cordura y han olvidado la vigencia de valores éticos fundamentales. Son muchos y muy intensos los sufrimientos de este mundo que se destroza día a día y no acierta a encontrar el camino de la fraternidad y la concordia.

Pero no todo se ha perdido. Creemos que el hombre tiene una capacidad casi inagotable de recuperación. Y como creyentes en Cristo Salvador, estamos convencidos de que la Iglesia debe brillar ante el mundo como signo de unidad, conforme a la voluntad de su Divino Fundador. La unidad de la Iglesia, característica esencial de su vida y acción, corroborada con el testimonio de Pastores y fieles, está llamada a ser hoy ejemplo e invitación que promuevan la anhelada hermandad de todos los pueblos.

Esta unidad eclesial se funda ante todo en Pedro y sus Sucesores: "Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia" (Mt 16, 18), son las palabras de la firmeza en la unidad. El que ha sido colocado como roca inmovible de la edificación espiritual recibe la misión de que ésta no se fraccione ni sucumba, sino que permanezca erguida, orgánicamente cohesionada, fuerte ante los embates adversos, unida en todos los elementos que la conforman. La piedra fundamental hace la unidad. No han faltado ni faltarán los conatos de división, los intentos de acogerse a una libertad que no es la de Cristo. Pero la fe nos dice que aquí está Pedro, la roca, en la persona de su Sucesor, el Papa Juan Pablo II.

Estamos aquí ante Vos, Santo Padre, para ratificar esta fe en el plan salvador del Señor por medio de su Iglesia. Como maestro que construye la unidad, recorred este mundo desorientado enseñando la verdad del Evangelio, la verdad revelada por Dios, que no puede ser sometida a revisiones caprichosas ni acomodada a los vaivenes de los tiempos o a la dirección de "cualquier viento de doctrina, a merced de la malicia humana y de la astucia que conduce engañosamente al error" (Ef 4, 14). La roca no se mueve y la enseñanza que en ella se funda es inmutable.

El anuncio de la verdad revelada e interpretada por el Magisterio eclesiástico es en Vos respuesta a vuestro deber pastoral y ejemplo de fortaleza apostólica en medio de incomprensiones, aun por parte de quienes por vocación bautismal están llamados a la fidelidad. Sabemos que estas actitudes laceran vuestro corazón de Padre, pero a su vez corroboran vuestra capacidad de sacrificio. Permitidnos decir que os acatamos y os amamos de modo especial cuando personas engeguedas osan lastimar vuestra dignidad de Vicario de Cristo.

Santísimo Padre: Queremos escuchar vuestra palabra, avivar nuestros ánimos con vuestros consejos, reiteraros nuestra obediencia y recibir vuestra paternal bendición apostólica.

ALOCUCION DEL ROMANO PONTIFICE

ORIENTACIONES PASTORALES PARA CONSTRUIR LA CIVILIZACION DEL AMOR

Queridos hermanos en el Episcopado:

UNIDAD Y COMUNION ECLESIAL

1. Al recibiros con gran gozo a vosotros, obispos de la región central de Colombia, mi pensamiento lleno de afecto se dirige a todas las diócesis que representáis, desde Villavicencio a Popayán, pasando por la metrópoli, Bogotá.

En vuestras personas saludo también a vuestros sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos, que con dedicación y entusiasmo contribuyen a edificar el reino de Dios en vuestro amado país.

Hasta Roma, la Sede de Pedro, habéis querido traer sus esfuerzos y trabajos, pero especialmente sus ilusiones y esperanzas, para que la fe de todos sea confirmada (cf. Lc 22, 32) y su celo evangelizador reciba nuevo estímulo del ejemplo e intercesión de los Apóstoles Pedro y Pablo, pilares de este centro de comunión de la Iglesia universal.

sia universal.

A acrecentar y hacer más visibles dichos lazos de unión y fraternidad con el Obispo de la Iglesia de Roma, "la que preside en la caridad", han contribuido los encuentros personales con cada uno de vosotros, que ahora culminan en esta reunión colectiva.

Agradezco ante todo las amables palabras que el señor arzobispo de Bogotá ha tenido a bien dirigirme, también en nombre de todos los presentes. Deseo expresar mi aprecio por vuestra voluntad y esfuerzo por mantener y acrecentar la unidad y comunión en el seno de la Iglesia y de vuestra misma Conferencia Episcopal. Bien sabéis la importancia de este testimonio que edifica al Pueblo de Dios y que ha de surgir de motivaciones profundas y sobrenaturales. La plegaria del Señor "que todos sean uno" (Jn 17, 21) ha de hacerse vida en vuestros presbiterios, en vuestras comunidades religiosas, en las parroquias y grupos de apostolado.

LAS VOCACIONES ECLESIASTICAS

2. En los informes quinquenales y en el diálogo personal con vosotros, he visto con complacencia que sois Pastores de una porción de vuestro país particularmente rica en vocaciones, gracias en primer lugar a la solidez de las familias cristianas. Sé que en vuestra región ha sido timbre de honor y práctica general establecer el matrimonio "en el Señor", según la frase del Apóstol Pablo, esto es, fundar la familia sobre la base del sacramento. De ahí se desprenden copiosos frutos de virtud cristiana y, en el seno de esas familias bendecidas por el Señor y nutridas por su gracia, pueden surgir en consoladora abundancia vocaciones sacerdotales y religiosas.

Pero, al mismo tiempo, no se os ocultan los riesgos y peligros que acechan a la institución familiar, debido a factores diversos y complejos, entre los que podríamos mencionar un acelerado proceso urbanístico, el permisivismo de ciertas costumbres e incluso de algunas disposiciones legales, las tendencias secularistas, etc. Todo ello difundido por unos medios de comunicación social no siempre promotores de los verdaderos valores humanos y del espíritu.

LA FAMILIA

3. Por ello ha de continuar siendo tarea prioritaria de vuestros desvelos apostólicos una particular atención pastoral a la familia. Continúan vigentes, también en vuestro país, las indicaciones que di en el discurso inaugural de la III Conferencia en Puebla de los Angeles: "Haced todos los esfuerzos para que haya una pastoral familiar... Es esta pastoral tanto más importante cuanto la familia es objeto de tantas amenazas. Pensad en las campañas favorables al divorcio, al uso de prácticas anticoncepcionales, al aborto que destruye la sociedad" (Puebla, 2.442).

Los factores que mencionábamos más arriba han contribuido sin duda alguna al desmoronamiento de ciertos principios en muchas personas, y al desquiciamiento de muchas familias con los consiguientes problemas, también de carácter social, que ello lleva consigo.

¡Qué graves consecuencias comportan para muchos hijos las rupturas matrimoniales! No son infrecuentes los problemas emocionales que inciden negativamente en su comportamiento y que no raras veces abren el camino a dolorosas situaciones de drogadicción o de rebeldía social.

EL DERECHO A LA VIDA Y LA PATERNIDAD RESPONSABLE

4. Ni se puede dejar de considerar el inquietante problema del aborto que es al mismo tiempo una violación grave de la ley de Dios, único Señor de la vida, y a la vez, el primero entre los derechos fundamentales del ser humano. No pocas personas, aun católicas, adoptan posiciones permisivas en el plano legal, con el pretexto de garantizar una mejor asistencia sanitaria y evitar males que surgen del aborto clandestino, o de los problemas del hijo no deseado, del rechazo social a las madres solteras, de la salud deficiente, o aun de la mala situación económica o de la familia.

A estas actitudes puede llevar un desconocimiento o una falta de convicción de que, desde el momento mismo de la concepción, ya existe un ser distinto de la madre, sujeto de derechos inalienables.

La dimensión humana y religiosa del amor ha de llevar a los cónyuges cristianos a una valorización cada vez mayor de la vida, pues al engendrar un hijo los esposos están colaborando íntimamente en el plan creador de Dios. El Concilio Vaticano II hizo clara referencia a la paternidad responsable como fuente de sana espiritualidad matrimonial, con tal de que comporte una actitud cristiana y eclesial ante la transmisión de la vida, como acto consciente y libre del designio de Dios creador.

No han faltado, sin embargo, interpretaciones reductivas —que vosotros habéis de esclarecer debidamente— las cuales han querido hacer de la expresión "paternidad responsable" casi sinónimo de lo contrario, esto es, de ausencia de paternidad y maternidad; en una palabra, de un "no" a la vida. Son problemas que requieren vuestra atención como Pastores.

LA PASTORAL FAMILIAR

5. Vuestras comunidades, ricas en fe y en tradiciones cristianas, deben recordar que el matrimonio y la familia, "queridos por Dios con la misma creación (cf. Gén 1-2), están internamente ordenados a realizarse en Cristo (cf. Ef 5) y tienen necesidad de su gracia para ser curados de las heridas del pecado (cf. *Gaudium et spes*, 47) y ser devueltos a su principio (cf. *Mt* 19, 4), es decir, al conocimiento pleno y a la realización integral del designio de Dios" (*Familiaris consortio*, 3).

A este propósito, una tarea fundamental es mantener a la familia cristiana, o recuperarla, como "primer centro de evangelización" (*Puebla*, 617). Para que no sólo viva integralmente la riqueza de su vocación en Cristo, sino que sea capaz de comunicarla a los demás.

Es para mí consolador ver que en vuestra labor pastoral habéis tenido siempre una preocupación prioritaria por la familia y habéis logrado preservarla como una riqueza característica en vuestras Iglesias. Debéis continuar en ese noble empeño, tratando de suscitar vocaciones de apóstoles que dediquen sus cuidados a la familia y preparándolos convenientemente para estas tareas específicas. Efectivamente, los grandes retos de la familia son hoy, a la vez, los grandes retos de la pastoral, que debe prepararla para ser "el espacio donde el Evangelio es transmitido y desde donde éste se irradia" (*Evangelii nuntiandi*, 71).

LA DOCTRINA DE LA IGLESIA SOBRE EL MATRIMONIO

6. Vuestro celo pastoral os indicará asimismo los caminos más adecuados para

dar una respuesta al problema relativamente nuevo, en vuestro país, de los divorcios.

La fácil mentalidad divorcista, que llega a preceder la celebración del matrimonio y que quiere evitar los compromisos definitivos, la unidad y la indisolubilidad del proyecto matrimonial cristiano, entraña la obligación pastoral de una esmerada preparación al matrimonio. Esta ha de ser ayudada por las familias mismas, por la escuela católica, y ha de culminar en una seria preparación inmediata. Este proceso garantiza la asimilación de la doctrina de la Iglesia sobre el matrimonio como comunidad de fe y de amor, como indivisible unidad y como indisoluble comunión.

Cuando un mundo pluralista ofrece modelos de matrimonio y familia tan lejanos del ideal evangélico, es tarea vuestra fortalecer, con la ayuda del Espíritu, la alianza estable del amor conyugal. Hemos de proclamar sin temor la excelencia del modelo cristiano en el que penetra el amor nuevo revelado por Cristo, y que da dignidad y plenitud a la pareja humana. Que pueda ella vivir la unión matrimonial en la perspectiva de la fe, consciente de que la gracia del sacramento eleva el amor humano a aquel nivel en que Cristo resucitado, razón y fuerza de nuestra alegría pascual, renueva su donación a la Iglesia, y ésta lo acoge y se entrega a El en plenitud de amor. Este es el significado profundo del darse y recibirse Cristo y la Iglesia, cuyo sublime misterio representan.

EL AUTENTICO HUMANISMO FAMILIAR

7. Impulsando la práctica de la oración de los esposos, de la familia y de la comunidad daréis fuerza al sentido sobrenatural de la fe con relación al matrimonio, y llevaréis a vuestros fieles en el seguimiento de Cristo a "buscar la verdad que no siempre coincide con la opinión de la mayoría" (*Familiaris consortio*, 5).

Continúa siendo exigencia para los esposos cristianos, ayudados por la gracia del sacramento del matrimonio, el autocontrol en la vida conyugal, la educación a la castidad. Esa virtud que —como señalaba en la Exhortación Apostólica *Familiaris consortio*— "no significa absolutamente rechazo ni menosprecio de la sexualidad humana: significa más bien energía espiritual que sabe defender el amor de los peligros del egoísmo y de la agresividad, y sabe promoverlo hacia su realización plena" (*Familiaris consortio*, 33).

En este campo es una tarea urgente la de lograr mantener a los fieles inmunes del oscurecimiento de los valores fundamentales, educándoles como conciencia crítica de la cultura familiar que representan y ayudándoles a ser sujetos activos en la construcción de un auténtico humanismo familiar.

LA PRIORIDAD DE LOS VALORES MORALES

8. Queridos hermanos: Os aseguro mi recuerdo en la oración y mi aliento en vuestro esfuerzo, para que la civilización del amor que la Iglesia, ya a las puertas del tercer milenio, quiere instaurar en el llamado continente de la esperanza, ponga cada vez más de manifiesto la prioridad de los valores morales y del espíritu en la sociedad colombiana. Ojalá esos valores, que han dado cohesión y sentido religioso a la familia colombiana, se afiancen cada vez más, superando las tentaciones materialistas y hedonistas que amenazan con minar los fundamentos de la vida familiar, sin ofrecer a cambio otra cosa que el vacío.

Al terminar nuestro encuentro hago votos por el perfeccionamiento y la vitalidad de la pastoral familiar en vuestro país, a la vez que bendigo a tantas familias

cristianas, "Iglesias domésticas", en las que se ama a Dios, se respeta su nombre y se guarda su palabra. A tantas familias que buscan caminos de realización y a aquellas cuyo futuro pueda estar en peligro. Que la Virgen Santísima, la Reina del hogar de Nazaret, proteja y consolide los hogares colombianos. Con mi cordial bendición apostólica.

SALUDO DEL CARDENAL ARZOBISPO DE MEDELLIN

Beatísimo Padre:

Agradecemos de corazón a Vuestra Santidad la bondad de recibirnos en esta audiencia a un grupo de obispos de diversas provincias eclesísticas del Occidente de Colombia, que hemos venido en visita ad Limina.

Vuestro pastoreo de la Iglesia universal, ejercido con tan ejemplar amor y dedicación; vuestro magisterio denso y diáfano; vuestro trabajo incansable para confirmar en la fe, merecen nuestro profundo reconocimiento.

Quisiéramos haceros partícipe de nuestras tareas, en la sólida unión que caracteriza nuestro Episcopado, con sus logros y dificultades, para recabar del servicio del Sucesor de Pedro vuestras órdenes, orientaciones y estímulo.

Como bien conoce Vuestra Santidad, Colombia ha emprendido un proceso de paz en el cual la Iglesia ha colaborado con esperanza. Asegurar una atmósfera de paz y de concordia, en el amor y la justicia, es condición indispensable para el bienestar y el progreso integral de nuestro pueblo. Dicho proceso exigente, animado por las autoridades del país y respaldado por nuestra sociedad, choca, sin embargo, con escollos de diversa índole. No se despeja del todo el riesgo de la violencia, manifestado en comportamientos y actitudes que la Iglesia no ha dejado de denunciar. Apóstol como sois de la paz, por la que a lo ancho y largo del mundo,

tanto habéis luchado, os pedimos devotamente que vuestra palabra y vuestra bendición llegue a todos los hogares de Colombia.

Asesta un duro golpe contra el osiego y la tranquilidad de la familia colombiana la cruel realidad de los secuestros que por desgracia proliferan. Este nefando delito que viola sagrados derechos de la persona humana genera una profunda inseguridad en el corazón de los colombianos. Hay una fuerte y positiva reacción compartida incluso ahora por grupos antes alzados en armas, que revela los valores profundos de una fe, arraigada en el Evangelio y que traduce la verdadera alma de nuestro pueblo. No obstante tantas dificultades por las que atravesamos, Colombia es una nación creyente, orgullosa de su fe cristiana, expresada en múltiples maneras, anhelante de comprometerse en la realización de su vocación como familia de los hijos de Dios.

La enseñanza de Vuestra Santidad, impartida en la fecunda visita pastoral a las naciones hermanas, ha sido seguida por nuestro pueblo con entusiasmo, en hondo sentido de comunión. Hemos recibido con alborozo el firme propósito de Vuestra Santidad de hacernos el altísimo honor de vuestra visita en próxima oportunidad, y que, Dios así lo quiera, pudiera realizarse con ocasión de los 450 años de la aparición de la venerada imagen de Nues-

tra Señora de Chiquinquirá.

El Señor siga bendiciendo vuestro servicio providencial, Beatísimo Padre, inscrito en forma tan evidente en la

abierta perspectiva del Concilio Vaticano II y en el espíritu de comunión y reconciliación tan característico en vuestro pontificado.

ALOCUCION DEL ROMANO PONTIFICE

CONSTRUIR LA PAZ DESDE EL NUCLEO FUNDAMENTAL DEL EVANGELIO, QUE ES EL AMOR

Queridos hermanos en el Episcopado:

UNIDAD CON EL SUCESOR DE PEDRO Y UNIVERSALIDAD DE LA IGLESIA

1. Después del gratísimo encuentro personal con cada uno de vosotros, que me ha brindado la oportunidad de escuchar vuestros anhelos de Pastores, compartir vuestras preocupaciones, dar gracias por las metas conseguidas y reflexionar sobre la vida de la Iglesia en Colombia, tengo ahora la dicha de este encuentro colectivo; él me permite renovar la expresión de mi profundo afecto, que extendiendo cordialmente a los queridos sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles todos de vuestras respectivas diócesis del Occidente colombiano.

Deseo ante todo agradecerlos el profundo gesto de comunión en la fe y en la caridad que significa esta visita "ad Limina Apostolorum", que con tanto esmero habéis preparado. Os ha guiado en ello vuestra conciencia de Pastores, que quieren testimoniar de este modo la unidad con el Sucesor de Pedro y la universalidad de la Iglesia en el espíritu de la eclesiología del Concilio Ecuménico Vaticano II.

Sed pues bienvenidos a este encuentro fraterno de tan profundo signifi-

cado y que tanto me alegra.

2. Los informes quinquenales que habéis enviado y el diálogo personal con vosotros, me han permitido conocer más a fondo la situación de vuestro país y de las comunidades a vosotros encomendadas como Pastores. He podido familiarizarme de este modo con los puntos más sobresalientes de cinco años de actividad pastoral, de gozos y tristezas, de esperanzas y esfuerzos eclesiales.

LOS FRUTOS DE LA SEMILLA DE LA PALABRA SEMBRADA EN EL PUEBLO DE DIOS

Es consolador constatar así los pasos significativos dados durante el último quinquenio en la vida de la Iglesia en Colombia. Y todo ello como fruto de la acción divina y de la dedicación tenaz y generosa de los obispos, sacerdotes, miembros de las familias religiosas e institutos de vida consagrada, así como de tantos y tan beneméritos laicos comprometidos en el apostolado seglar.

Bien es verdad que también ha habido dificultades e incluso podrían mencionarse algunas carencias, pero la semilla de la Palabra revelada que con amor y perseverancia habéis

sembrado, ha dado frutos abundantes. Por todos ellos, uniéndome a vuestro propio sentir, doy gracias a Dios, de quien procede todo don perfecto (cf. Sant 1, 17).

PAZ Y JUSTICIA

3. Las palabras que en nombre de todos vosotros me ha dirigido el señor cardenal arzobispo de Medellín, han puesto de relieve una de las realidades que ocupan un puesto importante en vuestro ministerio pastoral: el tema de la paz y la justicia en vuestro país.

En efecto, en un reciente documento, el Comité permanente de la Conferencia Episcopal Colombiana señalaba como motivo de honda preocupación "el recrudecimiento de la violencia, el aumento alarmante de la inseguridad, la multiplicación de asaltos de las guerrillas en las que, a nombre del pueblo, se siegan vidas humanas que pertenecen al mismo pueblo, el avance macabro de todas las formas de terrorismo urbano y rural". A estos graves males añade el documento "la existencia de funestas organizaciones que al margen de la ley osan tomarse la justicia por su propia mano y la proliferación de la empresa civil e inhumana de los secuestros".

EXPONER CON PUREZA E INTEGRIDAD LAS EXIGENCIAS DE LA FE Y DE LA MORAL CRISTIANAS

4. Esta situación, justamente calificada como alarmante, se convierte en un reto pastoral para la Iglesia, a fin de construir la paz desde el núcleo fundamental del Evangelio, que es el amor.

La paz es vuestro anhelo y es ciertamente una de vuestras tareas ineludibles. Conozco vuestro interés evangélico en construirla difundiendo el

espíritu de amor en el corazón de los fieles. Estos esperan sin duda de sus Pastores la enseñanza orientadora que, desde la fe, ilumine la realidad temporal y el concreto comportamiento ético de las personas en ese delicado terreno.

De ahí la importancia de la palabra eclesial que exponga con pureza e integridad las exigencias de la fe y de la moral cristianas. Por ello, en íntima comunión con el Sucesor de Pedro, vuestra enseñanza habrá de esclarecer, desde el Evangelio, la conciencia de los fieles; ayudándoles a superar las dudas y a evitar todo aquello que pueda ocasionar desorientación o desviaciones.

En esa importante tarea la inquietud de la Iglesia, me lo habéis dicho vosotros, coincide con el empeño general del país, al que vosotros dais el propio impulso, para favorecer el clima en el que pueda recuperarse el don precioso de la paz, después de largos años de violencia vinculada a problemas sociales y políticos, nacionales e incluso internacionales.

LA PAZ COMIENZA EN EL CORAZON DEL HOMBRE QUE ACEPTA LA LEY DIVINA: ATENCION PASTORAL A LA JUVENTUD

5. Pero vosotros sabéis bien que la paz cristiana tiene una identidad propia. Jesús, el Señor, nos ha enseñado que su paz no es igual a la del mundo (cf. Jn 14, 17). La paz comienza en el corazón del hombre que acepta la ley divina, que reconoce a Dios como Padre y a los demás hombres como hermanos.

En cambio, la violencia que degrada y destruye al hombre no es camino moralmente admisible para establecer una justicia de la que nazca la paz. Mi predecesor Pablo VI reafirmó durante su histórica visita

a vuestro país que la violencia no es cristiana ni evangélica (cf. Homilía en la Misa del Día del Desarrollo. Bogotá, 23 agosto 1968).

Recordamos también con el Concilio Vaticano II que la humanidad no puede cumplir con su tarea de construir un mundo más humano, sin que todos los hombres se conviertan, con espíritu renovado, a la verdadera paz (cf. *Gaudium et spes*, 77, 78). Pero nos advierte justamente el mismo Concilio que la paz no es la mera ausencia de guerra, ni se reduce al solo equilibrio de las fuerzas adversarias, ni surge de una hegemonía despótica, sino que con toda exactitud y propiedad es obra de la justicia.

Según la conocida definición de San Agustín, la paz es la tranquilidad en el orden, pero no en un orden cualquiera, sino en aquel que tiene su origen y fundamento en Jesucristo, Príncipe de la Paz, reconciliador de los hombres con el Padre de los hombres entre sí y de la humanidad con todo lo creado.

Se trata de una tarea que requiere dedicación y esfuerzos renovados. En efecto, el bien común halla su fundamento en los requisitos de la ley eterna, pero en sus exigencias concretas según los tiempos está sometido forzosamente a continuos cambios; por eso la paz jamás es una empresa del todo lograda, sino un perpetuo quehacer, una tarea en la que han de participar todos los miembros de la Iglesia y de la sociedad colombiana.

Por parte vuestra, para lograr eficazmente esos objetivos habéis de prestar una particular atención a la pastoral juvenil, a fin de que las nuevas generaciones se empeñen con renovada ilusión y esperanza cristiana en la construcción de un mundo más pacífico y fraterno. Y también para evitar a los jóvenes los peligros que

amenazan sus sentimientos generosos, pudiendo arrastrarlos tras el espejismo no infrecuente del recurso a caminos de violencia para transformar la sociedad.

"La paz y los jóvenes caminan juntos" era el tema que ocupaba nuestras reflexiones en la celebración de la Jornada mundial de la Paz del presente año. Que esa aspiración inspire vuestros propósitos y orientaciones, para que se convierta en plena realidad en la vida propia y en la actuación de los jóvenes colombianos, sobre todo en el Año Internacional de la Juventud.

SOLO UN ORDENADO Y JUSTO PROGRESO DE LAS PERSONAS Y SOCIEDADES PUEDE REFLEJAR EL VERDADERO ROSTRO DE LA PAZ

6. Impulsados por vuestro profundo sentido pastoral, habéis denunciado valerosamente los hechos violentos ocurridos en vuestro país y habéis estimulado, con el espíritu del Evangelio, la solución pacífica de los conflictos por la vía del diálogo; sin olvidar tampoco las oportunas orientaciones hacia los cambios profundos exigidos por un orden social más justo.

Debéis continuar animando a vuestros fieles y a las personas de buena voluntad, para que se empeñen en una sincera obra en favor de la justicia y de la promoción de las personas, favoreciendo así el hallazgo de soluciones eficaces a los graves problemas sociales que aquejan a vuestra comunidad.

A este propósito, una vez más hemos de proclamar que sólo un ordenado y justo progreso de las personas y sociedades podrán reflejar el verdadero rostro de la paz.

NO A LA VIOLENCIA: ABRIR EL CORAZON A LA RECONCILIACION Y EL PERDON

7. Unido al tema de la paz y del progreso social hay otro problema que sé os preocupa como Pastores y que hiera vivamente vuestra sensibilidad de padres en la fe: es el de las causas antiguas y nuevas de la violencia en Colombia, que tantas heridas —todavía abiertas— han dejado en individuos, familias y grupos. Además del problema humanitario que eso plantea, pone también la exigencia pastoral de formar un nuevo corazón colombiano, abierto a la reconciliación y al perdón.

Me anima en ello una gran confianza, porque estoy seguro de que la extensa comunidad creyente de vuestro país ha cosechado los frutos del Año Santo y del Sínodo de la reconciliación.

Proseguiré con renovado empeño vuestro esfuerzo en esa dirección. Que sean vuestras comunidades diocesanas signo e instrumento de eficaz reconciliación con Dios y con los hermanos, bajo la guía y con la fuerza del Espíritu Santo. Así vuestros fieles serán dóciles al llamado que el Señor hace a la comunión con el Padre y con los demás hombres desde lo más íntimo del corazón.

SALUDO DEL ARZOBISPO DE BUCARAMANGA Y PRESIDENTE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL

Santísimo Padre:

Illuminados por la fe y con senti-

LA MISION DEL OBISPO: GUIAR AL PUEBLO DE DIOS BAJO LA MIRADA DE MARIA, REINA DE LA PAZ

8. Queridos hermanos en el Episcopado: He compartido con vosotros, que componéis el primer grupo de obispos de Colombia venidos a Roma para la visita "ad Limina", estas reflexiones en torno a un tema urgente y delicado de vuestro ministerio. Un tema de gran actualidad y repercusión para los fieles y para vuestra comunidad nacional. En los sucesivos encuentros que tendré con el Episcopado colombiano nos ocuparemos de otros temas eclesiales. Las reflexiones que haremos sobre los mismos las ofreceré —al igual que éstas— a todos los obispos de la nación, con el deseo de que puedan ayudarles en su misión de guías en la fe del Pueblo de Dios.

La Santísima Virgen María es la Reina de la Paz. A nuestra Señora de Chiquinquirá, Patrona de vuestra nación, tan venerada por todos los colombianos, confío estas intenciones y necesidades. Que Ella os alcance de su divino Hijo, el Príncipe de la Paz, el cumplimiento de nuestros anhelos comunes.

Antes de concluir invoco sobre vosotros, así como sobre los sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles todos de vuestras diócesis una abundante efusión de dones del Espíritu Santo, a la vez que con profundo afecto imparto de corazón a vosotros y a vuestras comunidades de fe la bendición apostólica.

mientos de filial reverencia, los once

obispos colombianos aquí presentes, venimos a realizar la visita "ad Limina Apostolorum". Más que el cumplimiento de un precepto jurídico, nos ha movido la exigencia de nuestra fe en el misterio de la Iglesia y la afectuosa devoción a vuestra sagrada persona.

Nos llena de alegría poder expresar, en la intimidad de este encuentro tan significativo, nuestros sentimientos de amor, adhesión y obediencia filiales al Vicario de Cristo.

Deseamos testimoniar nuestra sentida gratitud por vuestro ejemplar y estimulante servicio pastoral abierto al mundo católico, rico en enseñanzas de doctrina y testimonio. Vuestra presencia, magisterio y actitudes, en los diversos continentes y naciones, constituyen una elocuente predicación evangelizadora, que ilumina y orienta a todos los hombres de buena voluntad en la búsqueda de la reconciliación y la paz.

Con claridad y persuasión nos habéis predicado la necesidad de la penitencia y la reconciliación con Dios, con nuestros hermanos y con nosotros mismos. Nos habéis enseñado a tender con generosidad las manos de la comprensión para hermanar a cuantos están separados y romper los muros de las divisiones. Pero siempre proclamando la verdad con fidelidad a la doctrina evangélica y en defensa de los altos valores del espíritu y los sagrados derechos de la libertad y la justicia, en busca de la paz plena y perdurable, que todos anhelamos.

El encuentro personal con el Santo Padre es una gracia singular de Dios. Como pastores y maestros de nuestras Iglesias particulares venimos a fortalecer nuestra fe junto a la fe de Pedro, robustecida con la oración de Cristo. "Yo he rogado por tí para que tu fe no destallezca, tú confirma a tus hermanos" (Lc 22, 32). Aquí se ad-

quiere conciencia más viva de lo que es y significa la colegialidad episcopal.

El Episcopado colombiano estima como un honor inapreciable haber mantenido siempre, con inquebrantable fidelidad, una adhesión unánime, plena y delicada hasta el escrúpulo a la persona sagrada del Romano Pontífice, a su magisterio, a sus deseos e intenciones. Y éste será un propósito indeclinable para el futuro.

Sobre la base firme de quien es piedra fundamental de la unidad y centro de comunión eclesial, nos esforzamos por mantener indestructible la unidad del Episcopado colombiano, dentro de la pluralidad de miembros y la diversidad de los carismas, pero unidos por vínculo del mismo Espíritu y en solidaria preocupación pastoral. La vivencia de nuestra comunión fraternal será el sello demostrativo de nuestra configuración sacramental con Cristo, Buen Pastor, y el secreto de la fecundidad de nuestro ministerio pastoral.

Santísimo Padre: Todos los colombianos: el Señor Presidente de la República, la jerarquía eclesiástica, sacerdotes, religiosos y demás fieles católicos de Colombia, esperamos con alegría y optimismo el regalo de una visita pastoral de Vuestra Santidad a nuestra patria. Ojalá con ocasión del centenario de la aparición de Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá, Patrona de Colombia.

Todos abrigamos la esperanza de que Vuestra Santidad ilumine el suelo de la patria colombiana con vuestra presencia personal y vuestra enseñanza. Es un anhelo impulsado por nuestra devoción cordial al Romano Pontífice.

El tesoro de la fe y de la religiosidad de nuestro pueblo se halla amenazado por intensa campaña proselitista de diversas confesiones protestantes. Es preocupante también la influencia

marxista en la educación oficial, en las directivas sindicales y en las agrupaciones guerrilleras.

Colombia, a pesar de ser una nación moldeada en los valores del Evangelio y católica en la gran mayoría de sus habitantes y en sus tradiciones familiares, sin embargo, está atormentada por factores de inseguridad y de violencia, que destruyen la convivencia pacífica y echan sombras de odios y discordias.

La inseguridad social y económica paraliza las industrias, desestimula las inversiones en la propia patria, aumenta el desempleo y la pobreza. Los campesinos abandonan los campos y van a engrosar los cordones de miseria de las ciudades y se convierten en víctimas de manipulaciones sociales y políticas y aun llegan a claudicar frente a los valores de la fe y de la adhesión a la Iglesia.

Este ambiente de discordia y violencia ha sido voz de alarma para despertar la acción conjunta del Gobierno, de la Iglesia y de las fuerzas vivas de la nación en busca de la reconciliación y la paz. Los esfuerzos realizados han sido pacientes, constantes y generosos, pero no siempre bien recibidos y con frecuencia mal aprovechados.

Son signos de una Iglesia que mar-

cha entre sombras y esperanzas. Porque también aparece la visión positiva y esperanzadora de una Iglesia vital y vigorosa: la unidad del Episcopado, el aumento creciente de las vocaciones sacerdotales y religiosas, la planificación de la acción pastoral en las diócesis, la acción apostólica de numerosos movimientos de seglares, la decisiva influencia de la Iglesia en la educación, y la beneficencia y el celo de muchos sacerdotes que en el silencio y la oscuridad de parroquias desconocidas construyen el reino de Dios con fidelidad ejemplar. La mayoría de nuestro pueblo es piadosa, adicta a la Iglesia; hace de la Eucaristía y de la devoción a la Santísima Virgen el centro de su religiosidad y rodea con espíritu de fe al obispo y sacerdotes.

Santísimo Padre: Vuestra visita pastoral con la luz y la autoridad del magisterio pontificio, con vuestra presencia paternal, será orientación y estímulo para la vida de la Iglesia en nuestra Patria.

Finalmente, con fe y afecto filial imploramos vuestra bendición apostólica para nuestra patria, para sus gobernantes, para todos los pastores y fieles hijos de la Iglesia. También para la fecundidad de nuestro ministerio. Cumpliremos el deber de orar por vuestra persona y vuestra misión apostólica.

vosotros por separado, se colma ahora en este encuentro común. Con el Apóstol Pablo os saludo deseándoos "gracia, misericordia y paz de parte de Dios Padre y de Cristo Jesús, Señor Nuestro" (1 Tim 1, 2).

Os doy la más cordial bienvenida, queridos Pastores de las arquidiócesis de Bucaramanga y Manizales, de las diócesis de Cúcuta, La Dorada-Guaduas, Mangangué, Ocaña, Palmira, Socorro y San Gil, Valledupar, Zipaquirá y de la prelatura de Tibú. En vosotros saludo entrañablemente a vuestros sacerdotes, religiosos, religiosas y demás agentes de pastoral así como al pueblo fiel que Dios os ha encomendado. Agradezco ante todo las palabras que en nombre vuestro me ha dirigido monseñor Héctor Rueda Hernández, arzobispo de Bucaramanga y Presidente de la Conferencia Episcopal.

El testimonio de comunión en la fe y en la caridad con el Sucesor de Pedro que queréis dar con vuestra visita "ad Limina", se hace aún más fecundo con la ocasión de reflexionar ante el Señor sobre la situación de vuestras diócesis. Ya desde ahora os expreso mi complacencia, porque en las relaciones quinquenales que habéis enviado y en los encuentros personales, he podido apreciar tantos resultados positivos de vuestra abnegada acción pastoral, así como vuestros proyectos y esperanzas a realizar en el futuro, las luces y sombras de vuestro esfuerzo como sembradores de la buena semilla del Evangelio, en medio de una sociedad necesitada de la gracia salvadora de Cristo.

ORAR Y ACTUAR

2. Y dado que "la Iglesia cumple la función de santificar de modo peculiar a través de la sagrada liturgia" (canon 834), que se ofrece en nombre

de la Iglesia por las personas legítimamente designadas (*ib.*), me ha alegrado profundamente vuestro empeño en promover las vocaciones sacerdotales y religiosas. Ello pone de manifiesto que sois bien conscientes de que es éste uno de los objetivos prioritarios de vuestra responsabilidad como Pastores, a cuyos cuidados ha sido encomendada una porción del Pueblo de Dios.

Con gran gozo y esperanza he podido comprobar que la crisis vocacional va siendo superada en vuestras Iglesias locales y que los seminarios y casas de formación están al presente repletos de jóvenes generosos dispuestos a responder al Señor que los llama, para consagrar su vida al servicio de los hermanos. Es éste un motivo para dar gracias a Dios que bendice con el don de la vocación estas almas escogidas.

Sin duda alguna esta floración de vocaciones es fruto de la oración humilde, confiada y perseverante. Por eso Cristo, después de contemplar el extenso campo, la abundancia de la mies y la escasez de los operarios, nos mandó: "Rogad al Dueño de la mies que envíe operarios a su mies" (Lc 10, 2). Es así también como vuestras Iglesias diocesanas han puesto en práctica la exhortación de Puebla a fomentar campañas de oración, conscientes de que "la vocación es la respuesta de Dios providente a la comunidad orante" (núm. 882).

DEBER Y TAREA DE TODA LA COMUNIDAD CRISTIANA

3. Esa respuesta es asimismo el fruto de una pastoral vocacional renovada, dinámica, inserta en la pastoral de conjunto, que llega a convencer a toda la comunidad cristiana sobre su deber en el campo vocacional; pues "toda comunidad ha de procurar sus vocaciones, como señal incluso

ALOCUCION DEL ROMANO PONTIFICE

LA PASTORAL VOCACIONAL, LA FORMACION DE LOS FUTUROS SACERDOTES Y LA ATENCION ECLESIAL AL CLERO

Amados hermanos en el Episcopado.

COMUNION EN LA FE Y EN LA CARIDAD

1. El íntimo gozo que experimenté al encontrarme con cada uno de

de su vitalidad y madurez" (*Puebla*, discurso inaugural, IV).

Cuando la pastoral diocesana tiene la debida orientación vocacional, se ha logrado una meta importante y se ha llenado una condición en el misterio del encuentro del hombre con Dios y de la respuesta a su llamada.

En efecto, no podemos olvidar que Cristo y la Iglesia son la vocación cristiana del hombre. Cristo y la Iglesia nos llevan al Padre, a quien toda criatura debe servir y para quien todo hombre debe ser una respuesta de amor en la economía de la salvación. La vocación auténtica y vigorosa tiene por tanto que nacer y realizarse en función de la vocación de la Iglesia, sacramento de salvación.

Es lógico que la pastoral vocacional ha de tener muy en cuenta la realidad del mundo actual; y, en concreto, la de la sociedad en la que lleváis a cabo vuestra labor apostólica. Una sociedad, sea rural o urbana, en la que las tendencias materialistas y hedonistas quieren imponerse a los valores del espíritu que dan la auténtica dimensión humana y trascendente de la persona. Por ello, los nobles ideales presentados a los jóvenes en su seguimiento a Cristo, se ven frecuentemente oscurecidos y frenados por tantos halagos engañosos que, en verdad, nunca podrán satisfacer el ansia de bien más profundo de los corazones generosos.

Pero precisamente porque encuentra tal oposición, al joven que vive en este ambiente hay que indicarle con claridad los caminos, acompañándolo y ayudándolo.

EL TESTIMONIO Y EL TRABAJO APOSTOLICO CON LAS FAMILIAS Y CON LA JUVENTUD

4. Es necesario a la vez que la pastoral vocacional anime la formación

de ambientes de fraternidad, la madurez humana, la vida espiritual, distinguida por una sólida oración, centrada en la Palabra de Dios, fortalecida por los sacramentos y dinamizada por el trabajo apostólico.

A este respecto, particular atención ha de prestarse al trabajo apostólico con las familias, con la juventud, en las escuelas y demás centros de enseñanza, de donde podrán surgir almas deseosas de una mayor entrega al servicio de Dios y del prójimo.

Pero ante todo hay que saber presentar al joven y a la joven, al llamado a la vida sacerdotal o a la religiosa, la belleza e importancia de una entrega posible y que vale la pena en el mundo de hoy: la de una vida que es reto verdadero en su respuesta.

En efecto, a una sociedad secularista responde con una profunda experiencia de Dios, revelado en Cristo y por amor hecho inspiración en el servicio a los más necesitados.

A una sociedad egoísta y consumista responde con el amor sacrificado y con la pobreza voluntaria, señalando caminos de austeridad con los que se pueden superar tantas dificultades de la hora presente.

A una sociedad a veces manipulada responde con la obediencia, como ejercicio soberano de la libertad, y a la sociedad hedonista responde con la castidad, que lejos de recortar la fuerza del amor le da alientos de universalidad.

A una sociedad ideologizada responde con el Evangelio, hecho norma de vida y con la voz de la Iglesia, su depositaria.

A una sociedad huérfana y carcomida por el odio responde con el amor al Padre, a los hermanos, preferencialmente a los más pobres, a los enfermos, a los marginados.

A una sociedad llena de angustias

y sin horizontes responde con la seguridad de la esperanza y con la perspectiva amplia del humanismo fundado en la fe.

El mundo, América Latina necesitan una respuesta a estos retos. Y la Iglesia debe darla, sobre todo con sus fuerzas más vivas.

LAS ORIENTACIONES DEL CONCILIO VATICANO II Y LAS NORMAS DE LA SANTA SEDE

5. La formación espiritual, disciplinar e intelectual de los candidatos al sacerdocio y a la vida religiosa se que es objeto de la mayor atención por parte del Episcopado colombiano. El Concilio Vaticano II señaló criterios y dio luminosas directivas a este respecto.

Sobre la formación en los seminarios deseo sólo traer a vuestra mente el documento de la Congregación para la Educación Católica "Sobre algunos aspectos más urgentes de la formación espiritual en los seminarios" (6 de enero 1980). De acuerdo con él, la educación integral en dichos centros de formación habrá de llevar a la experiencia personal con el Señor, a formarse sólidamente en campo humano, científico y pastoral, para ser verdaderos "ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios" (1 Cor 4, 1).

Para ello, ya desde el seminario, el candidato al sacerdocio ha de sentir el cuidado personal y la cercanía de su Pastor, instaurándose con ello una relación de amistad que luego se consolidará en los lazos fraternos entre el obispo y su presbiterio. Es consolador comprobar que la apertura al diálogo, a la colaboración mutua y a la justa corresponsabilidad acercan cada vez más al obispo a sus sacerdotes y demás agentes de pastoral. Así lo señala el Conci-

lio Vaticano II en el Decreto *Christus Dominus* (cf. núm. 28).

SEGUIMIENTO DE CRISTO Y AMOR INCONDICIONAL A LA IGLESIA

6. Sea, pues, vuestro trato con vuestros sacerdotes el de una amistad e intimidad verdaderas; apoyándolos y confortándolos en sus tareas pastorales y en su vida personal. Ante la cercanía del obispo, el sacerdote se siente animado a vivir con alegría y dedicación su vocación de seguimiento a Cristo y de incondicional amor a la Iglesia.

Del mismo modo, mostrad en todo momento espíritu de colaboración y apoyo a los religiosos y religiosas, que en parte tan importante contribuyen a difundir y consolidar el mensaje del Evangelio en vuestras diócesis. De ellos afirmó mi predecesor Pablo VI: "se les encuentra no raras veces en la vanguardia de la misión y afrontando los más grandes riesgos para su santidad y su propia persona" (*Evangelii nuntiandi*, 69).

A este respecto, mantiene su pleno vigor el documento emanado por las Congregaciones para los Obispos y los Religiosos e Institutos Seculares sobre las mutuas relaciones obispos-sacerdotes.

UNIVERSALIDAD ECLESIAL Y ESPIRITU MISIONERO

7. No podría concluir este encuentro sin haceros un llamado a la universalidad eclesial. Recuerdo a este propósito las palabras del Documento de Puebla: "Es verdad que nosotros mismos necesitamos misioneros. Pero debemos dar desde nuestra pobreza" (*Puebla*, 368).

Ya cercanos al V centenario del descubrimiento y evangelización del nuevo continente, hago votos para que la

Iglesia en Colombia, animada de espíritu misionero, contribuya con generosidad al bien de otras Iglesias, compartiendo la riqueza espiritual que durante cinco siglos ha madurado en el alma noble latinoamericana. Os deseo que con la ayuda de la gracia divina vuestra pastoral vocacional se vea coronada con el envío de evangelizadores: sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos a Iglesias necesitadas.

Es este el sentido universal que debe tener la vocación en Colombia, en América y en el mundo, como corona-

ción del proceso dinámico de la evangelización. Ello no empobrecerá, sino que enriquecerá a vuestras propias Iglesias.

Pongo bajo la protección de María, la humilde esclava que respondió con prontitud generosa al llamado de Dios, la pastoral vocacional de vuestras diócesis y de Colombia entera. Sea Ella Maestra, Consejera y Madre de vuestros jóvenes a quienes, junto con vosotros y vuestros agentes de pastoral, bendigo con afecto.

SALUDO DEL PRESIDENTE DE LA COMISION EPISCOPAL COLOMBIANA DE MISIONES, MONS. SALAZAR MEJIA, O.A.R., AL PAPA

Santísimo Padre:

Los obispos de Colombia venimos a presentaros nuestro saludo llenos de emoción y animados por los sentimientos que se originan en nuestra fe y que nos llevan a ver en Vos la presencia visible del Señor, al Padre común de la cristiandad y al Pastor de los pastores.

Sentimos acrecentada nuestra cercanía a Vos, al valorar la manera como habéis convertido vuestro pontificado en una constante peregrinación misionera que repite en nuestros días la historia de Pablo de Tarso.

Los obispos latinoamericanos, en especial los misioneros, hemos recibido con mucho interés el compromiso de la celebración del primer medio milenio de la evangelización de nuestro continente inaugurada por Vos, hace apenas unos meses en la República Dominicana.

Por eso al elegir el tema de vuestra visita hemos estado de acuerdo en hablarlos de aquellas ovejas que, aunque entre cien, se encuentran más lejanas y desamparadas: nuestros indígenas.

Ellos, no obstante constituir el origen de nuestra cultura, están "marginados y considerados los más pobres entre los pobres", como lo expresa el Documento de Puebla.

Al iniciarse el proceso evangelizador, los destinatarios privilegiados fueron los grupos indígenas. La fe recibida hizo un mundo más humano al llevarlos al descubrimiento de su vocación divina.

Con inmensa alegría recibimos la doctrina y las orientaciones que en vuestros distintos contactos con nuestros indígenas en América nos habéis brindado acerca de la atención que la Iglesia ha de dar a la evangelización de esas culturas: estamos conscientes e identificados con Vos sobre la necesidad de respetar los auténticos valores que ellas contienen y el imperativo de promover al indígena en forma integral.

Colombia tiene una población indígena aproximada a 500.000 personas. Están diseminadas por todo el territorio nacional.

Más del 50 por ciento están ubicados dentro de territorios no dependientes de la Sagrada Congregación para la Evangelización de los Pueblos. Constituyen pequeños grupos con cerca de 200 lenguas y dialectos autóctonos.

A su servicio y acompañándolos en sus vicisitudes y empeñados en su promoción cristiana y humana han estado y siguen estando con ellos los vicarios y prefecturas apostólicas a cargo de las comunidades religiosas de agustinos recoletos, carmelitas, claretianos, capuchinos, consolata, javerianos de Yarumal, monfortianos, redentoristas, selesianos y vicentinos, lo mismo que algunos obispos y sacerdotes del clero secular, que con ejemplar celo consumen sus vidas con el gozo de ayudar a estos hermanos.

Prueba del interés de la Iglesia colombiana es no sólo la Comisión de Misiones aquí representada, sino la reciente Comisión especializada para la pastoral indígena, el Comité colombiano de coordinación misional, entidad que nos agrupa y que tiene un seminario para vocaciones autóctonas, un instituto misionero de antropología y 17 contratos con el Gobierno nacional para colaborar en la formación y educación de 831.334 personas, entre quienes hay un gran número de indígenas. Podemos afirmar que de los 166.391 indígenas que hay en nuestros territorios, todos son o han sido evangelizados.

Paulatinamente han sido desalojados de sus tierras por el avance de las colonizaciones. En el momento existe una intensa lucha por defender sus tierras, y en algunos lugares por recuperar las que juzgan necesarias para la subsistencia individual y de sus etnias. Estas reivindicaciones han producido hechos tan dolorosos, como el reciente asesinato del padre Alvaro Ulcué Chocué, sacerdote genuinamente indígena de nuestro país.

De otro lado, cada día va incrementándose la presencia de tipo marxista entre los indígenas; asimismo el halago del dinero los viene llevando al cultivo y negocio de narcóticos, con lamentables secuelas en su moral. Sin ignorar las limitaciones y equivocaciones que se puedan tener en los distintos métodos, con la satisfacción del deber cumplido, manifestamos a nuestro Padre común, que estamos felices en el acompañamiento a nuestros hermanos y que en medio de las dificultades nos esforzaremos por ser fieles a nuestros antepasados y al querer de hoy de Vuestra Santidad.

Santísimo Padre: Con verdadera ilusión esperamos vuestra visita a nuestra patria, seguros de que el estímulo de vuestra palabra en algunos de los territorios misionales será motivo de revitalización y espíritu misionero de toda nuestra Iglesia, que siempre ha experimentado orgullo de contarse y proclamarse como tal entre los pueblos de América Latina.

Anhelamos, Santo Padre, vuestra voz, que denuncie los abusos y estimule el trabajo misionero de cuantos hemos recibido el bautismo; y mientras llega ese día, en nuestra propia Colombia, os imploramos vuestra bendición apostólica para toda la sufrida población indígena de nuestra patria, para nuestros misioneros todos, así como para quienes hoy filialmente os rodeamos emocionados en este significativo encuentro que es para nosotros aliento en nuestra lucha y estímulo para seguir en la brecha, trabajando para que se cumpla la voluntad del Señor: "Un solo rebaño bajo un solo Pastor".

ALOCUCION DEL ROMANO PONTIFICE

LA ACTIVIDAD PRIORITARIA DE LA IGLESIA: EL ANUNCIO DE LA BUENA NUEVA

Queridos hermanos en el Episcopado:

COMUNION ECLESIAL

1. Es para mí motivo de gran gozo encontrarme esta mañana con vosotros, Pastores de las circunscripciones misionales de Colombia, que habéis querido testimoniar vuestra comunión en la fe y en la caridad con la Cátedra de Pedro realizando esta visita "ad Limina Apostolorum".

Al daros mi más cordial y fraterna bienvenida, agradezco las amables palabras que en nombre de todos me ha dirigido el señor obispo de Pasto en su calidad de Presidente de la Comisión Episcopal para las Misiones.

EL APOSTOLADO CON LAS POBLACIONES INDIGENAS

2. Los diálogos que durante estos días he mantenido con cada uno de vosotros por separado, me han permitido conocer más de cerca vuestras comunidades y percibir el infatigable trabajo apostólico que realizáis con dedicación y celo admirables en circunstancias no siempre fáciles.

En efecto, la enorme extensión de los territorios encomendados a vuestro cuidado pastoral, que constituyen más del 60 por ciento de la superficie total de Colombia; las dificultades climatológicas y de comunicación; la variedad de culturas e incluso de lenguas; la problemática social y económica que, no por antigua y ya conocida es menos urgente y necesitada de soluciones desde el Evangelio, constituyen otros tantos capítulos indicativos de la complejidad de vuestro ministerio y de la urgencia de que toda la Iglesia en Colombia, junto con la Iglesia universal, se sienta solidaria con esta actividad prioritaria que es el anuncio de la Buena Nueva.

Un paso adelante en la labor de la Iglesia en vuestro país, en lo que se refiere al apostolado con las poblaciones indígenas, ha sido la creación, hace dos años, de la Comisión Episcopal especial que se ocupa de estas actividades, y cuyos frutos son alentadores.

Este encuentro comunitario me brinda la oportunidad de manifestaros mi gozo y mi gratitud por toda vuestra abnegada tarea en la construcción del reino. A la vez os pido que seáis portadores de un saludo cordial a vuestros colaboradores sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos comprometidos en el apostolado. Siguiendo a San Pablo hay que decir que ellos son dignos de toda consideración "sobre todo los que se ocupan en la predicación y en la enseñanza" (1 Tim 5, 17).

CONducir A LOS HOMBRES A LA FE, A LA LIBERTAD Y A LA PAZ DE CRISTO

3. En los territorios confiados a vuestro celo realizáis vosotros la misión impor-

tante de hacer presente a la Iglesia, "sacramento universal de salvación", obedeciendo a las exigencias íntimas de su catolicidad, como enseña el Concilio Vaticano II (*Ad gentes*, 1). Cumplís así, en estrecha conexión con esta Sede Apostólica, la grata obligación que os compete, como sucesores de los Apóstoles, de perpetuar la obra del anuncio del Evangelio para que "la Palabra de Dios sea difundida y glorificada" (2 Tes 3, 1), y se anuncie e instaure el reino de Dios en toda la tierra.

De esta manera confirmáis con vuestro ministerio la verdad de que la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia.

En efecto, en virtud del señorío de Cristo (Cf. Mt 28, 18) y por el mandato de El recibido (cf. Mt 28, 19), ella tiene el deber de propagar la fe y la salvación en Cristo. Por eso, fiel a este mandato y movida por la gracia y la caridad del Espíritu Santo, se hace presente a todos los hombres y pueblos, para conducirlos a la fe, a la libertad y a la paz de Cristo por el ejemplo de la vida y de la predicación, por los sacramentos y demás medios de la gracia.

PROBLEMAS Y DIFICULTADES EN LA TAREA EVANGELIZADORA

4. He sabido cómo al lado de la colaboración generosa de muchas personas y del interés del Gobierno, hay en algunas de vuestras misiones dificultades y obstáculos que se oponen a vuestra tarea de evangelizadores.

Algunas veces esos problemas nacen de la propagación de ideologías adversas a la fe, que promueven el materialismo ateo y desconocen la labor generosa y desinteresada que la Iglesia ha llevado a cabo durante siglos en las áreas misionales; otras, de personas y grupos que desde falsas posiciones antropológicas pretenden negar al Evangelio su derecho de penetrar en todas las culturas para así elevarlas. Olvidan éstos que "la actividad misionera tiene también una conexión íntima con la misma naturaleza humana y con sus aspiraciones. Porque manifestando a Cristo, la Iglesia descubre a los hombres la verdad genuina de su condición y de su vocación total, porque Cristo es el principio y el modelo de esta humanidad renovada, llena de amor fraterno, de sinceridad y de espíritu pacífico, a la que todos aspiran" (*Ad gentes*, 8).

No se puede ciertamente confundir evangelización con "inculturación". Ambas realidades son distintas e independientes; pero al mismo tiempo no faltan elementos que las relacionan estrechamente, ya que el Evangelio es vivido por personas vinculadas a una cultura determinada y, por tanto, la Buena Nueva ha de impregnar las culturas de los hombres a quienes se anuncia el mensaje de salvación. Como señalé en la Exhortación Apostólica "Familiaris consortio": "Está en conformidad con la tradición constante de la Iglesia el aceptar de las culturas de los pueblos todo aquello que está en condiciones de expresar mejor las inagotables riquezas de Cristo" (*Familiaris consortio*, 10).

EVANGELIZACION, INCULTURACION, Y PROMOCION HUMANA

5. Con el Concilio Vaticano II debemos recordar que la reflexión teológico-pastoral llevará a los responsables de la comunidad eclesial a descubrir "de qué forma pueden compaginarse las costumbres, el sentido de la vida y el orden social con las costumbres manifestadas por la divina Revelación. Con este modo de proceder se excluirá toda especie de sincretismo y de falso particularismo, se acomodará la vida cristiana a la índole y carácter de cualquier cultura, y serán asumidas en

la unidad católica las tradiciones particulares, con las cualidades propias de cada raza, ilustradas con la luz del Evangelio" (*Ad gentes*, 22).

Ello requiere no poco esfuerzo y atención. Porque, además, en el esfuerzo de evangelización y promoción humana que realiza la Iglesia en vuestros territorios de misión, no han faltado tampoco dificultades provenientes de personas o grupos que anteponen sus intereses particulares a los derechos de la comunidad. Se han creado peligrosas tensiones sobre la propiedad y distribución de terrenos; y la presencia de narcotraficantes en regiones indígenas perturba la vida de esas comunidades, a las que quieren arrastrar al inhumano comercio de la droga.

LOS EVANGELIZADORES

6. Ante las incomprensiones de que habéis sido víctimas en algunas ocasiones, y que hieren también mi corazón, quiero repetiros con nuestros hermanos obispos reunidos en Puebla de los Angeles durante la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano: "No reivindicamos ningún privilegio para la Iglesia; respetamos los derechos de todos y la sinceridad de todas las convicciones en pleno respeto a la autonomía de las realidades terrestres. Sin embargo, exigimos para la Iglesia el derecho de dar testimonio de su mensaje y de usar su palabra profética de anuncio y denuncia en sentido evangélico, en la corrección de las imágenes falsas de la sociedad, incompatibles con la visión cristiana" (*Puebla*, 1212-1213).

Para lograr tales objetivos, son numerosos los sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos que en los centros educativos y asistenciales de vuestros territorios misionales dan testimonio del Evangelio con abnegado servicio a los hermanos más necesitados. Entre ellos, no han faltado quienes han llegado incluso a derramar su sangre. La Iglesia sufre cuando es derramada la sangre de cualquier ser humano; y particularmente si la víctima es uno de sus hijos o un ministro suyo que no busca sino servir y tutelar los derechos de los más débiles.

Por parte mía quiero apoyaros y estimularos en la tarea de elevar y transformar las culturas y las personas con la levadura del Evangelio; a pesar de las dificultades, de las incomprensiones y de las falsas interpretaciones de los valores culturales. ¿Cómo no recordar, a este propósito, aquel pasaje de San Ireneo: "Esta predicación que ella ha recibido y esta fe que hemos expuesto, la Iglesia, aunque dispersa por todo el mundo, la guarda escrupulosamente, como si viviese en un solo lugar. Ni las Iglesias que han sido fundadas en Germania, o en Iberia, o entre los Celtas, ni las del Oriente, de Egipto o de Libia, ni las que están en medio del mundo (en Jerusalén) se diferencian entre sí en cuanto a la fe o a la tradición" (*Adversus haereses*: PG 7, págs. 550-554).

LA FORMACION DE LOS FUTUROS MISIONEROS

7. Como un don inapreciable en vuestra labor ha de considerarse el seminario internacional "San Luis Beltrán" que congrega seminaristas de los varios institutos y de las distintas jurisdicciones. El es una prueba de la maduración y vitalidad de vuestras comunidades y un fruto de vuestros desvelos y esfuerzos.

Para una obra tan elevada, como es el anuncio del Evangelio, el futuro misionero ha de prepararse con una especial formación espiritual y moral. ¿Con qué sabiduría el Concilio dice que él debe ser capaz de iniciativas, constante para continuar hasta el fin, perseverante en las dificultades, paciente y fuerte en sobrellevar

la soledad, el cansancio y el trabajo infructuoso! (cf. *Ad gentes*, 25).

En este campo, una particular atención habéis de prestar a la formación catequética de los futuros misioneros para que sean, a su vez, formadores de catequistas que colaboren en su esfuerzo evangelizador. En efecto, "la catequesis no puede disociarse del conjunto de actividades pastorales y misionales de la Iglesia" (*Catechesi tradendae*, 18), sino que constituye un elemento esencial en el proceso total de evangelización.

OPCION PREFERENCIAL NO EXCLUYENTE POR LOS POBRES

8. Finalmente, deseo expresar mi complacencia, porque vuestro trabajo misionero os lleva a servir a los más pobres y humildes de entre vuestros hermanos, en las zonas más deprimidas, en medio de la amada población indígena.

Queridos hermanos: La vuestra y la de vuestros colaboradores es verdaderamente la opción preferencial no excluyente por los pobres, a quienes dedicáis lo mejor de vuestra vida y ministerio. Tenéis el privilegio de vivir más cerca de los que no tienen voz, de los preferidos por Jesús, para anunciarles la salvación, "ese gran don de Dios que es liberación de todo lo que oprime al hombre, pero que es sobre todo liberación del pecado y del maligno" (*Evangelii nuntiandi*, 9). En ese espíritu, seguid adelante en vuestro empeño. Descubrid cada vez más la presencia de Jesús en vuestros hijos más humildes y servidlos con el amor y alegría de quien sirve al Señor.

LABOR APOSTOLICA BAJO LA PROTECCION DE MARIA

9. A la protección de María, la Madre del Señor, quiero confiar vuestra labor apostólica. Ella no fue instrumento pasivo, sino que "cooperó activamente a la salvación de los hombres con fe y obediencia libres" (*Lumen gentium*, 56). Ella os aliente y sostenga siempre. Y que Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, inspire vuestros esfuerzos pastorales, para que las almas a vosotros confiadas lleguen, bajo la acción de la gracia, a la plenitud de la vida cristiana.

A vosotros y a vuestras comunidades, en prenda de fidelidad a Cristo, doy con afecto mi bendición apostólica.

CARTA ENCICLICA "SLAVORUM APOSTOLI" DEL SUMO PONTIFICE JUAN PABLO II

A LOS OBISPOS, SACERDOTES, FAMILIAS RELIGIOSAS Y A TODOS LOS FIELES CRISTIANOS EN MEMORIA DE LA OBRA EVANGELIZADORA DE LOS SANTOS CIRILO Y METODIO DESPUES DE ONCE SIGLOS

Venerados hermanos,
amadísimos hijos:
¡Salud y bendición apostólica!

I. INTRODUCCION

1. LOS APOSTOLES DE LOS ESLAVOS, *Santos Cirilo y Metodio*, permanecen en la memoria de la Iglesia junto a la gran obra de evangelización que realizaron. Se puede afirmar más bien que su recuerdo se ha hecho particularmente vivo y actual en nuestros días.

Al considerar la veneración, plena de gratitud, de la que los Santos hermanos de Salónica (la antigua *Tesalónica*) gozan desde hace siglos, especialmente en las *naciones eslavas*, y recordando la inestimable contribución dada por ellos a la obra del Evangelio en aquellos pueblos y, al mismo tiempo, a la causa de la reconciliación, de la convivencia amistosa, del desarrollo humano y del respeto a la dignidad intrínseca de cada nación, con la Carta Apostólica *Egregiae virtutis* (1), del 31 de diciembre de 1980, proclamé a los Santos Cirilo y Metodio Copatronos de Europa. Continué así la línea trazada por mis predecesores y, de modo particular, por León XIII, quien hace algo más de 100 años, el 30 de septiembre de 1880, extendió a toda la Iglesia el culto de los dos Santos con la Carta Encíclica *Grande munus* (2), y por Pablo VI, quien con la Carta Apostólica *Pacis nuntius* (3), proclamó a San Benito Patrón de Europa, el 24 de octubre de 1964.

2. El documento de hace cinco años quería avivar la conciencia ante estos solemnes actos de la Iglesia e intentaba llamar la atención de los cristianos y de todos los hombres de buena voluntad, que buscan el bien, la concordia y la unidad de Europa, a la actualidad siempre viva de las eminentes figuras de Benito, de Cirilo y Metodio, como modelos concretos y ayuda espiritual para los cristianos de nuestra

NOTAS

1) Juan Pablo II, Carta Apostólica *Egregiae virtutis*, 31 de diciembre de 1980: AAS 73, 1981, págs. 258-262.

2) León XIII, Carta Encíclica *Grande munus*, 30 de septiembre de 1880: *Leonis XIII Pont. Max. Acta*, II, págs. 125-137; cf. también Pío XI, Carta *Quod S. Cyrillum*, 13 de febrero de 1927, a los arzobispos y obispos del Reino de los Servios-Croatas-Eslavos y de la República de Checoslovaquia: AAS 19, 1927, págs. 93-96; Juan XXIII, Carta Apostólica *Magnifici eventus*, 11 de mayo de 1963, a los obispos de las naciones eslavas: AAS 55, 1963, págs. 434-439; Pablo VI, Carta Apostólica *Antiquae nobilitatis*, 2 de febrero de 1969, con ocasión del XI centenario de la muerte de San Cirilo: AAS 61, 1969, págs. 137-149.

3) Pablo VI, Carta Apostólica *Pacis nuntius*, 24 de octubre de 1964: AAS 56, 1964, págs. 965-967.

época y, especialmente, para las naciones del continente europeo, que, desde hace ya tiempo, sobre todo gracias a la oración y a la labor de estos Santos, se han arraigado consciente y originalmente en la Iglesia y en la tradición cristiana.

La publicación de mi citada Carta Apostólica, el año 1980, inspirada por la firme esperanza de una superación gradual en Europa y en el mundo de todo aquello que divide a las Iglesias, a las naciones y a los pueblos, se refería a *tres circunstancias*, que constituyeron objeto de mi oración y reflexión. La primera fue el XI centenario de la Carta Pontificia *Industriae tuae* (4), mediante la cual Juan VIII, en el año 880, aprobó el uso de la lengua eslava en la liturgia traducida por los dos Santos hermanos. La segunda estaba representada por el primer centenario de la ya mencionada Carta Encíclica *Grande munus*. La tercera fue el comienzo, precisamente el año 1980, del feliz prometedor diálogo teológico entre la Iglesia católica y las Iglesias ortodoxas en la Isla de Patmos.

3. En este documento deseo hacer una mención particular de la citada Carta con la que León XIII quiso recordar a la Iglesia y al mundo los méritos apostólicos de ambos hermanos: no sólo de Metodio que —según la tradición—, terminó su vida en Velehrad, en la Gran Moravia, el año 885, sino también de Cirilo, al que la muerte separó de su hermano el año 869 en Roma, ciudad que acogió y custodia todavía con conmovedora veneración sus reliquias en la antigua basílica de San Clemente.

Al recordar la santa vida y los méritos apostólicos de los *dos hermanos de Salónica*, el Papa León XIII fijó su fiesta litúrgica el día 7 de julio. Después del Concilio Vaticano II, como consecuencia de la reforma litúrgica, la fiesta fue trasladada al 14 de febrero, fecha que, desde el punto de vista histórico, indica el nacimiento al cielo de San Cirilo (5).

A más de un siglo de la publicación de la Carta de León XIII, *las nuevas circunstancias*, en que se celebra el undécimo centenario de la gloriosa muerte de San Metodio, inducen a dar una renovada expresión al recuerdo que la Iglesia conserva de tan importante aniversario. Y se siente particularmente obligado a ello el primer Papa llamado a la Sede de Pedro desde Polonia y, por lo tanto de entre las *naciones eslavas*.

Los acontecimientos del último siglo y, especialmente, de los últimos decenios han contribuido a reavivar en la Iglesia, junto con el recuerdo religioso, el interés histórico-cultural por los dos Santos hermanos, cuyos carismas particulares se han hecho aún más inteligibles ante las situaciones y las experiencias propias de nuestra época. A ello han contribuido muchos hechos que pertenecen, como auténticos signos de los tiempos, a la historia del siglo XX y, ante todo, a aquel gran acontecimiento que se ha verificado en la vida de la Iglesia con el Concilio Vaticano II. A la luz del magisterio y de la orientación pastoral de este Concilio, podemos volver a mirar de un modo nuevo —más maduro y profundo— a estas dos santas figuras, de las que nos separan ya once siglos, y leer, además, en su vida y actividad apostólica los contenidos que la sapiente Providencia divina inscribió para que *se revelaran con nueva plenitud en nuestra época y dieran nuevos frutos*.

4) Cf. *Magna Moraviae Fontes Historici*, t. III, Brno 1969, págs. 197-208.

5) Únicamente en algunas naciones eslavas se celebra todavía la fiesta el 7 de julio.

II. REFERENCIA BIOGRAFICA

4. Siguiendo el ejemplo ofrecido por la Carta *Grande munus*, deseo recordar la vida de San Metodio, sin omitir por esto las vicisitudes —que tan íntimamente le están unidas— de su hermano San Cirilo. Esto lo haré a grandes rasgos, dejando a la investigación histórica las precisiones y las discusiones sobre los puntos más concretos.

La ciudad que vio nacer a los dos Santos hermanos, es la actual Salónica, que en el siglo IX era un importante centro de vida comercial y política en el Imperio bizantino y ocupaba un lugar de notable importancia en la vida intelectual y social de aquella región de los Balcanes. Al estar situada en la frontera de los territorios eslavos, tenía por lo tanto un nombre eslavo: Solun.

Metodio era el hermano mayor y verosíblemente su nombre de pila era Miguel. Nace entre los años 815 y 820. Menor que él, Constantino —posteriormente más conocido con el nombre religioso de Cirilo—, vino al mundo el año 827 u 828. Su padre era un alto funcionario de la administración imperial. La situación social de la familia abría a los dos hermanos una similar carrera, que, por lo demás, Metodio emprendió, alcanzando el cargo de arconte, o sea, de gobernador en una de las provincias fronterizas, en la que vivían muchos eslavos. Sin embargo, hacia el año 840 la abandona para retirarse a uno de los monasterios situados en la falda del monte Olimpo —en Bitinia—, conocido entonces bajo el nombre de Sagrada Montaña.

Su hermano Cirilo siguió con particular provecho los estudios en Bizancio, donde recibió las órdenes sagradas, después de haber rechazado decididamente un brillante porvenir político. Por sus excepcionales cualidades y conocimientos culturales y religiosos le fueron confiadas, siendo todavía joven, delicadas tareas eclesiásticas, como la de bibliotecario del archivo contiguo a la gran Iglesia de Santa Sofía en Constantinopla y, a la vez, el prestigioso cargo de secretario del Patriarca de aquella misma ciudad. Bien pronto, sin embargo, dio a conocer que quería substraerse a tales funciones, para dedicarse al estudio y a la vida contemplativa, lejos de toda ambición. Y así, se refugió a escondidas en un monasterio en las costas del Mar Negro. Encontrado seis meses más tarde, fue convencido a aceptar la enseñanza de las disciplinas filosóficas en la escuela superior de Constantinopla, ganándose, por la calidad de su saber, el calificativo de *Filósofo*, con el que todavía es conocido. Más tarde fue enviado por el Emperador y el Patriarca a realizar una misión ante los sarracenos. Finalizada con éxito dicha gestión, se retiró de la vida pública para reunirse con su hermano mayor Metodio y compartir con él la vida monástica. Pero nueva-mente, y junto con él, fue incluido como experto religioso y cultural en una delegación de Bizancio enviada ante los jázaros. Durante la permanencia en Crimea, en Cherson, creyeron localizar la iglesia en la que había sido sepultado antiguamente San Clemente, Papa romano y mártir exiliado en aquella lejana región; recogen y llevan consigo las reliquias (6), que acompañarían después los dos Santos hermanos en el sucesivo viaje misionero a Occidente, hasta el instante en que pudieran depositarlas solemnemente en Roma, entregándolas al Papa Adriano II.

5. El hecho que debía decidir totalmente el curso de su vida, fue la petición hecha por el Príncipe Rastislao de la Gran Moravia al Emperador Miguel III, para que

6) Cf. *Vita Constantini* VIII, 16-18: *Constantinus et Methodius Thessalonicensis, Fontes, recensuerunt et illustraverunt* Fr. Grivec et Fr. Tomsic, Radovi Staroslavskog Instituta, Knjiga 4, Zagreb 1960, pág. 184.

enviara a sus pueblos "un obispo y maestro... que fuera capaz de explicarles la verdadera fe cristiana en su lengua" (7).

Son elegidos los Santos Cirilo y Metodio, que rápidamente aceptan la misión. Seguidamente se ponen en viaje y llegan a la Gran Moravia —un Estado formado entonces por diversos pueblos eslavos de Europa Central, encrucijada de las influencias recíprocas entre Oriente y Occidente— probablemente hacia el año 863 comenzando en aquellos pueblos la misión, a la que ambos se dedican durante el resto de su vida, pasada entre viajes, privaciones, sufrimientos, hostilidades y persecuciones, que en el caso de Metodio llegan hasta una cruel prisión. Soportan todo ello con una gran fe y firme esperanza en Dios. En efecto, se habían preparado bien a la tarea que les había sido encomendada; llevaban consigo los textos de la Sagrada Escritura indispensables para la celebración de la sagrada liturgia, preparados y traducidos por ellos mismos a la lengua paleo-eslava y escritos con un nuevo alfabeto, elaborado por Constantino Filósofo y perfectamente adaptado a los sonidos de tal lengua. La actividad misionera de los dos hermanos estuvo acompañada por un éxito notable, pero también por las comprensibles dificultades que la precedente e inicial cristianización, llevada por las Iglesias latinas lindantes, ponía a los nuevos misioneros.

Después de unos tres años, en el viaje a Roma se detienen en Panonia, donde el Príncipe eslavo Kocel —huido del importante centro civil y religioso de Nitra— les ofrece una hospitalaria acogida. Desde aquí, algunos meses más tarde, continúan el viaje a Roma en compañía de sus discípulos, para quienes desean conseguir las órdenes sagradas. Su itinerario pasa por Venecia, donde son sometidos a público debate las premisas innovadoras de la misión que están realizando. En Roma el Papa Adriano II, que ha sucedido mientras tanto a Nicolás I, les acoge con mucha benevolencia. Aprueba los libros litúrgicos eslavos, que ordena depositar sobre el altar de la iglesia de Santa María *ad Praesepe*, llamada en la actualidad Santa María la Mayor, y dispone que sus discípulos sean ordenados sacerdotes. Esta fase de sus trabajos se concluye de un modo muy favorable. Metodio, sin embargo, debe continuar solo la etapa sucesiva, pues su hermano menor, gravemente enfermo, apenas consigue emitir los votos religiosos y vestir el hábito monacal, pues muere poco tiempo después el 14 de febrero del 869 en Roma.

6. San Metodio fue fiel a las palabras que Cirilo le había dicho en su lecho de muerte: "He aquí, hermano, que hemos compartido la misma suerte ahondando el arado en el mismo surco; yo caigo ahora sobre el campo al término de mi jornada. Tú amas mucho —lo sé— tu Montaña; sin embargo, por la Montaña no abandones tu trabajo de enseñanza. En verdad, ¿dónde puedes salvarte mejor?" (8).

Consagrado obispo para el territorio de la antigua diócesis de Panonia y nombrado Legado Pontificio "ad gentes" para los pueblos eslavos, toma el título eclesiástico de la restaurada sede episcopal de Sirmio. La actividad apostólica de Metodio se ve, sin embargo, interrumpida a consecuencia de complicaciones político-religiosas que culminan con su encarcelamiento por un período de dos años, bajo la acusación de haber invadido una jurisdicción episcopal ajena. Es liberado sólo gracias a una intervención personal del Papa Juan VIII. Finalmente, también el nuevo Soberano de la Gran Moravia, el Príncipe Svatopluk, se muestra contrario a la acción de Metodio,

7) Cf. *ib.* XIV, 2-4; *ed. cit.*, págs. 199 s.

8) *Vita Methodii* VI, 2-3; *ed. cit.*, pág. 225.

oponiéndose a la liturgia eslava e insinuando en Roma ciertas dudas sobre la ortodoxia del nuevo arzobispo. El año 880 Metodio es llamado *ad Limina Apostolorum*, para presentar una vez más toda la cuestión personalmente a Juan VIII. En Roma, una vez absuelto de todas las acusaciones, obtiene del Papa la publicación de la bula *Industriae tuae* (9), que, por lo menos en lo fundamental, restituía las prerrogativas reconocidas a la liturgia en lengua eslava por su predecesor Adriano II.

Análogo reconocimiento de perfecta legitimidad y ortodoxia obtiene Metodio de parte del Emperador bizantino y del Patriarca Focio, en aquel momento en plena comunión con la Sede de Roma, cuando va a Constantinopla el año 881 y 882. Dedica los últimos años de su vida sobre todo a ulteriores traducciones de la Sagrada Escritura y de los libros litúrgicos, de las obras de los Padres de la Iglesia y también de una recopilación de las leyes eclesiásticas y civiles bizantinas, conocida bajo el nombre de *Nomocanon*. Preocupado por la supervivencia de la obra que había comenzado, designa como sucesor a su discípulo Gorazd. Muere el 6 de abril del año 885 al servicio de la Iglesia instaurada en los pueblos eslavos.

7. La acción previsor, la doctrina profunda y ortodoxa, el equilibrio, la lealtad, el celo apostólico, la magnanimidad intrépida le granjearon el reconocimiento y la confianza de Pontífices Romanos, de Patriarcas Constantinopolitanos, de Emperadores bizantinos y de diversos Príncipes de los nuevos pueblos eslavos. Por todo ello, Metodio llegó a ser el guía y el pastor legítimo de la Iglesia, que en aquella época se arraigaba en aquellas naciones y es unánimemente venerado, junto con su hermano Constantino, como el heraldo del Evangelio y el maestro "de parte de Dios y del Santo Apóstol Pedro" (10) y como fundamento de la unidad plena entre las Iglesias de reciente fundación y las más antiguas.

Por esto, "hombres y mujeres, humildes y poderosos, ricos y pobres, libres y siervos, viudas y huérfanos, extranjeros y gentes del lugar, sanos y enfermos" (11) formaban la muchedumbre que, entre lágrimas y cantos, acompañaban al sepulcro al buen Maestro y Pastor, que se había hecho "todo para todos para salvarlos a todos" (12).

En honor a la verdad, la obra de los Santos hermanos, después de la muerte de Metodio, sufrió una grave crisis, y la persecución contra sus discípulos se agudizó de tal modo, que se vieron obligados a abandonar su campo misional; no obstante esto, su siembra evangélica no cesó de producir frutos y su actitud pastoral, preocupada por llevar la verdad revelada a nuevos pueblos —respetando en todo momento su peculiaridad cultural—, sigue siendo un modelo vivo para la Iglesia y para los misioneros de todas las épocas.

III. HERALDOS DEL EVANGELIO

8. Los hermanos Cirilo y Metodio, bizantinos de cultura, supieron hacerse apóstoles de los eslavos en el pleno sentido de la palabra. La separación de la patria que Dios exige a veces a los hombres elegidos, aceptada por la fe en su promesa, es siempre una misteriosa y fecunda condición para el desarrollo y el crecimiento del Pueblo de Dios en la tierra. El Señor dijo a Abrahán: "Salte de tu tierra, de tu parente-

la, de la casa de tu padre, para la tierra que yo te indicaré; yo te hará un gran pueblo, te bendeciré y engrandeceré tu nombre, que será una bendición" (13).

Durante la visión nocturna que San Pablo tuvo en Tróade, en el Asia Menor, un varón macedonio, por lo tanto un habitante del continente europeo, se presentó ante él y le suplicó que se dirigiera a su país para anunciarles la Palabra de Dios: "Pasa a Macedonia y ayúdanos" (14).

La divina Providencia, que en el caso de los dos Santos hermanos se manifestó a través de la voz y la autoridad del Emperador de Bizancio y del Patriarca de la Iglesia de Constantinopla, les exhortó de una manera semejante, cuando les pidió que se dirigieran en misión a los pueblos eslavos. Este encargo significaba para ellos abandonar no sólo un puesto de honor, sino también la vida contemplativa; significaba salir del ámbito del Imperio bizantino y emprender una larga peregrinación al servicio del Evangelio, entre unos pueblos que, bajo muchos aspectos, estaban lejos del sistema de convivencia civil basado en una organización avanzada del Estado y la cultura refinada de Bizancio, imbuida por principios cristianos. Análoga pregunta hizo por tres veces el Pontífice Romano a Metodio, cuando le envió como obispo entre los eslavos de la Gran Moravia, en las regiones eclesiásticas de la antigua diócesis de Panonia.

9. La vida eslava de Metodio recoge con estas palabras la petición, hecha por el Príncipe Rastislao al Emperador Miguel III a través de sus enviados: "Han llegado hasta nosotros numerosos maestros cristianos de Italia, de Grecia y de Alemania, que nos instruyen de diversas maneras. Pero nosotros los eslavos... no tenemos a nadie que nos guíe a la verdad y nos instruya de un modo comprensible" (15). Entonces es cuando Constantino y Metodio fueron invitados a partir. Su respuesta profundamente cristiana a la invitación, en esta circunstancia y en todas las demás ocasiones, está expresada admirablemente en las palabras dirigidas por Constantino al Emperador: "A pesar de estar cansado y físicamente débil, iré con alegría a aquel país" (16); "yo marchó con alegría por la fe cristiana" (17).

La verdad y la fuerza de su mandato misional nacían del interior del misterio de la redención, y su obra evangelizadora entre los pueblos eslavos debía constituir un eslabón importante en la misión confiada por el Salvador a la Iglesia universal hasta el fin del mundo. Fue una realidad —en el tiempo y en las circunstancias concretas— de las palabras de Cristo, que mediante el poder de su cruz y de su resurrección mandó a los Apóstoles: "Predicad el Evangelio a toda creatura" (18); "id pues, enseñad a todas las gentes" (19). Actuando así, los evangelizadores y maestros de los pueblos eslavos se dejaron guiar por el ideal apostólico de San Pablo: "Todos pues, sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. Porque cuantos en Cristo habéis sido bautizados, os habéis vestido de Cristo. No hay ya judío o griego, no hay siervo o libre, no hay varón o hembra, porque todos sois uno en Cristo Jesús" (20).

Junto a un gran respeto por las personas y a la desinteresada solicitud por su verdadero bien, los dos Santos hermanos tuvieron adecuados recursos de energía, de

13) Gén 12, 1 s.

14) Act 16, 9.

15) *Vita Methodii* V, 2: ed. cit., pág. 223.

16) *Vita Constantini* XIV, 9: ed. cit., pág. 200.

17) *ib.*, VI, 7: ed. cit., pág. 179.

18) Mc 16, 15.

19) Mt 28, 19.

20) Gál 3, 26-28.

9) Cf. *Magnae Moraviae Fontes Historici*, t. III, Brno 1969, págs. 197-208.

10) Cf. *Vita Methodii* VIII, 1-2: ed. cit., pág. 225.

11) Cf. *Vita Methodii* XVII, 13: ed. cit., pág. 237.

12) Cf. *ib.* y 1 Cor. 9, 22.

prudencia, de celo y de caridad, indispensables para llevar a los futuros creyentes la luz, y para indicarles, al mismo tiempo, el bien, ofreciendo una ayuda concreta para conseguirlo. Para tal fin quisieron hacerse semejantes en todo a los que llevaban el Evangelio; quisieron ser parte de aquellos pueblos y compartir en todo su suerte.

10. Precisamente por tal motivo consideraron una cosa normal tomar una posición clara en todos los conflictos, que entonces perturbaban las sociedades eslavas en vías de organización, asumiendo como suyas las dificultades y los problemas, inevitables en unos pueblos que defendían la propia identidad bajo la presión militar y cultural del nuevo Imperio romano-germánico, e intentaban rechazar aquellas formas de vida que consideraban extrañas. Era a la vez el comienzo de unas divergencias más profundas, destinadas desgraciadamente a acrecentarse, entre la cristiandad oriental y la occidental, y los dos Santos misioneros se encontraron personalmente implicados en ellas; pero supieron mantener siempre una recta ortodoxia y una atención coherente, tanto al depósito de la tradición como a las novedades del estilo de vida, propias de los pueblos evangelizados. A menudo las situaciones de contraste se impusieron con toda su ambigua y dolorosa complejidad; pero no por esto Constantino y Metodio intentaron apartarse de la prueba: la incomprensión, la manifiesta mala fe y, en el caso de Metodio, incluso las cadenas, aceptadas por amor de Cristo, no consiguieron hacer desistir a ninguno de los dos del tenaz propósito de ayudar y de servir a la justa causa de los pueblos eslavos y a la unidad de la Iglesia universal. Este fue el precio que debieron pagar por la causa de la difusión del Evangelio, por la empresa misionera, por la búsqueda esforzada de nuevas formas de vida y de vías eficaces con el fin de hacer llegar la Buena Nueva a las naciones eslavas que se estaban formando.

En la perspectiva de la evangelización —como indican sus biografías—, los dos Santos hermanos se dedicaron a la difícil tarea de traducir los textos de la Sagrada Escritura, conocidos por ellos en griego, a la lengua de aquella estirpe eslava que se había establecido hasta los confines de su región y de su ciudad natal. Sirviéndose del conocimiento de la propia lengua griega y de la propia cultura para esta obra ardua y singular, se prefijaron el cometido de comprender y penetrar la lengua, las costumbres y tradiciones propias de los pueblos eslavos, interpretando fielmente las aspiraciones y valores humanos que en ellos subsistían y se expresaban.

11. Para traducir las verdades evangélicas a una nueva lengua, ellos se preocuparon por conocer bien el mundo interior de aquellos a los que tenían intención de anunciar la Palabra de Dios con imágenes y conceptos que les resultaran familiares. Injertar correctamente las nociones de la Biblia y los conceptos de la teología griega en un contexto de experiencias históricas y de formas de pensar muy distintas, les pareció una condición indispensable para el éxito de su actividad misionera. Se trataba de un nuevo método de catequesis. Para defender su legitimidad y demostrar su bondad, San Metodio no dudó, primero con su hermano y luego solo, en Nicolás I, como en el año 879 del Papa Juan VIII, los cuales quisieron confrontar la doctrina que enseñaban en la Gran Moravia con la que los Santos Apóstoles Pedro y Pablo habían dejado en la primera Cátedra episcopal de la Iglesia, junto con el trofeo glorioso de sus reliquias.

Anteriormente, Constantino y sus colaboradores se habían preocupado en crear un nuevo alfabeto, para que las verdades que había que anunciar y explicar pudiesen

ran ser escritas en la lengua eslava y resultaran de ese modo plenamente comprensibles y asimilables por sus destinatarios. Fue un esfuerzo verdaderamente digno de su espíritu misionero el de aprender la lengua y la mentalidad de los pueblos nuevos, a los que debían llevar la fe, como fue también ejemplar la determinación de asimilar y hacer propias todas las exigencias y aspiraciones de los pueblos eslavos. La opción generosa de identificarse con su misma vida y tradición, después de haberlas purificado e iluminado con la Revelación, hace de Cirilo y Metodio verdaderos modelos para todos los misioneros que en las diversas épocas han acogido la invitación de San Pablo de hacerse todo a todos para rescatar a todos y, en particular, para los misioneros que, desde la antigüedad hasta los tiempos modernos —desde Europa a Asia y hoy en todos los continentes— han trabajado para traducir a las lenguas vivas de los diversos pueblos la Biblia y los textos litúrgicos, a fin de reflejar en ellas la única Palabra de Dios, hecha accesible de este modo según las formas expresivas propias de cada civilización.

La perfecta comunión en el amor preserva a la Iglesia de cualquier forma de particularismo o de exclusivismo étnico o de prejuicio racial, así como de cualquier orgullo nacionalista. Tal comunión debe elevar y sublimar todo legítimo sentimiento puramente natural del corazón humano.

IV. IMPLANTARON LA IGLESIA DE DIOS

12. Pero la característica que, de manera especial, deseo subrayar en la conducta tenuta por los apóstoles de los eslavos, Cirilo y Metodio, es su modo *pacífico* de edificar la Iglesia, guiados por su visión de la Iglesia una, santa y universal.

Aunque los cristianos eslavos, más que otros, consideran de buen grado a los Santos hermanos como “eslavos de corazón”, éstos sin embargo siguen siendo hombres de cultura helénica y de formación bizantina, es decir, hombres que pertenecen en todo a la tradición del Oriente cristiano, tanto civil como eclesiástico.

Ya en sus tiempos las diferencias entre Constantinopla y Roma habían empezado a perfilarse como pretexto de desunión, aunque la deplorable escisión entre las dos partes de la misma cristiandad estaba aún lejana. Los evangelizadores y maestros de los eslavos se prepararon para ir a la Gran Moravia, llenos de toda la riqueza de la tradición y de la experiencia religiosa que caracterizaba el cristianismo oriental y que encontraba un reflejo peculiar en la enseñanza teológica y en la celebración de la sagrada liturgia.

Dado que desde ya hacía tiempo todos los oficios sagrados se celebraban en lengua griega en todas las Iglesias dentro de los confines del Imperio bizantino, las tradiciones propias de muchas Iglesias nacionales de Oriente —como la georgiana y la siríaca— que en el servicio divino usaban la lengua de su pueblo, eran bien conocidas a la cultura superior de Constantinopla y, especialmente, a Constantino Filósofo, gracias a los estudios y a los contactos repetidos que había tenido con cristianos de aquellas Iglesias, tanto en la capital como en el curso de sus viajes.

Ambos hermanos, conscientes de la antigüedad y de la legitimidad de estas sagradas tradiciones, no tuvieron pues miedo de usar la lengua eslava en la liturgia, haciendo de ella un instrumento eficaz para acercar las verdades divinas a cuantos hablaban en esa lengua. Lo hicieron con una conciencia ajena a todo espíritu de superioridad o de dominio, por amor a la justicia y con evidente celo apostólico hacia unos pueblos que se estaban desarrollando.

El cristianismo occidental, después de las migraciones de los pueblos nuevos, ha-

bía amalgamado los grupos étnicos llegados con las poblaciones latinas residentes, extendiendo a todos, con la intención de unirlos, la lengua, la liturgia y la cultura latina transmitidas por la Iglesia de Roma. De la uniformidad así conseguida, se originaba en aquellas sociedades relativamente jóvenes y en plena expansión un sentimiento de fuerza y compactibilidad, que contribuía tanto a su unión más estrecha, como a su afirmación más energética en Europa. Se puede comprender cómo en esta situación toda diversidad fuera entendida a veces como amenaza a una unidad todavía *in fieri*, y cómo pudiera resultar grande la tentación de eliminarla recurriendo a formas de coacción.

13. Resulta así singular y admirable, cómo los Santos hermanos, actuando en situaciones tan complejas y precarias, no impusieran a los pueblos, cuya evangelización les encomendaron, ni siquiera la indiscutible superioridad de la lengua griega y de la cultura bizantina, o los usos y comportamientos de la sociedad más avanzada, en la que ellos habían crecido y que necesariamente seguían siendo para ellos familiares y queridos. Movidos por el ideal de unir en Cristo a los nuevos creyentes, adaptaron a la lengua eslava los textos ricos y refinados de la liturgia bizantina, y adecuaron a la mentalidad y a las costumbres de los nuevos pueblos las elaboraciones sutiles y complejas del derecho grecorromano. Siguiendo el mismo programa de concordia y paz, respetaron en todo momento las obligaciones de su misión, teniendo en cuenta las tradicionales prerrogativas y los derechos eclesiásticos fijados por los cánones conciliares, de tal modo —a pesar de ser súbditos del Imperio de Oriente y fieles sujetos al Patriarcado de Constantinopla— creyeron deber suyo dar cuenta al Romano Pontífice de su acción misionera y someter a su juicio, para obtener su aprobación, la doctrina que profesaban y enseñaban, los libros litúrgicos compuestos en lengua eslava y los métodos adoptados en la evangelización de aquellos pueblos.

Habiendo iniciado su misión por mandato de Constantinopla, ellos buscaron, en un cierto sentido, que la misma fuese confirmada dirigiéndose a la Sede Apostólica de Roma, centro visible de la unidad de la Iglesia (21). De este modo, movidos por el sentido de su universalidad, edificaron la Iglesia como Iglesia una, santa, católica y apostólica. Esto se deduce, de la forma más transparente y explícita, de todo su comportamiento. Puede decirse que la invocación de Jesús en la oración sacerdotal —*ut unum sint* (22)— representa su lema misionero según las palabras del Salmista: “Alabad a Yavé las gentes todas, alabadle todos los pueblos” (23). Para nosotros, hombres de hoy, su apostolado posee también la elocuencia de una llamada ecuménica: es una invitación a reconstruir, en la paz de la reconciliación, la unidad que fue gravemente resquebrajada en tiempos posteriores a los Santos Cirilo y Metodio y, en primerísimo lugar, la unidad entre Oriente y Occidente.

La convicción de los Santos hermanos de Salónica, según los cuales cada Iglesia local está llamada a enriquecer con sus propios dones el “pleroma” católico, estaba en perfecta armonía con su intuición evangélica de que las diferentes condiciones de vida de cada Iglesia cristiana nunca pueden justificar desacuerdos, discordias, rupturas en la profesión de la única fe y en la práctica de la caridad.

21) Los sucesores del Papa Nicolás I, aunque preocupados por las informaciones contradictorias que llegaban sobre la doctrina y la actuación de Cirilo y Metodio, en el encuentro directo con ellos dieron plena razón a los dos hermanos. Las prohibiciones o las limitaciones en el uso de la nueva liturgia eslava deben atribuirse más bien a la presión de las circunstancias, a las mudables relaciones políticas y a la necesidad de mantener la concordia.

22) *Jn* 17, 21 s.

23) *Sal* 117/116, 1.

14. Se sabe que, según las enseñanzas del Concilio Vaticano II, “por ‘Movimiento ecuménico’ se entienden las actividades e iniciativas que, según las variadas necesidades de la Iglesia y las características de la época, se suscitan y se ordenan a favorecer la unidad de los cristianos” (24). Por tanto, no parece nada anacrónico el ver en los Santos Cirilo y Metodio a los auténticos precursores del ecumenismo, por haber querido eliminar o disminuir eficazmente toda verdadera división, o incluso sólo aparente, entre cada una de las Comunidades pertenecientes a la misma Iglesia. En efecto, la división, que por desgracia tuvo lugar en la historia de la Iglesia y desafortunadamente continúa todavía, “contradice abiertamente la voluntad de Cristo, es un escándalo para el mundo y daña a la causa santísima de la predicación del Evangelio a todos los hombres” (25).

La ferviente solicitud demostrada por ambos hermanos y, especialmente por Metodio, en razón de su responsabilidad episcopal, por conservar la unidad de la fe y del amor entre las Iglesias de las que eran miembros, es decir, la Iglesia de Constantinopla y la Iglesia Romana por una parte, y las Iglesias nacientes en tierras eslavas por otra, fue y será siempre su gran mérito. Este es tanto mayor, si se tiene presente que su misión se desarrolló en los años 863-885, es decir, en los años críticos en los que surgió y empezó a hacerse más profunda la fatal discordia y la áspera controversia entre las Iglesias de Oriente y de Occidente. La división se acentuó en la cuestión de la dependencia canónica de Bulgaria, que precisamente entonces había aceptado oficialmente el cristianismo.

En este período borrascoso, marcado también por conflictos armados entre pueblos cristianos limítrofes, los Santos hermanos de Salónica conservaron una fidelidad total, llena de vigilancia, a la recta doctrina y a la tradición de la Iglesia perfectamente unida y, en particular, a las “instituciones divinas” y a las “instituciones eclesiásticas” (26), sobre las que, según los cánones de los antiguos Concilios, basaban su estructura y su organización. Esta fidelidad les permitió llevar a término los grandes objetivos misioneros y permanecer en plena unidad espiritual y canónica con la Iglesia Romana, con la Iglesia de Constantinopla y con las nuevas Iglesias, fundadas por ellos entre los pueblos eslavos.

15. Metodio, especialmente, no dudaba en afrontar incomprendimientos, contrastes e incluso difamaciones y persecuciones físicas, con tal de no faltar a su ejemplar fidelidad eclesial, con tal de cumplir sus deberes de cristiano y de obispo, y los compromisos adquiridos ante la Iglesia de Bizancio, que lo había engendrado y enviado como misionero junto con Cirilo; ante la Iglesia de Roma, gracias a la cual desempeñaba su encargo de arzobispo *pro fide* en el “territorio de San Pedro” (27); así como ante aquella Iglesia naciente en tierras eslavas, que él aceptó como propia y que supo defender —convencido de su justo derecho— ante las autoridades eclesiásticas y civiles, tutelando concretamente la liturgia en lengua paleo-eslava y los derechos eclesiásticos fundamentales propios de las Iglesias en las diversas naciones.

Obrando así, él recurría siempre, como Constantino Filósofo, al diálogo con los que eran contrarios a sus ideas o a sus iniciativas pastorales y ponían en duda su legitimidad. De este modo será siempre un maestro para todos aquellos que, en cualquier época, tratan de atenuar las discordias respetando la plenitud multiforme de

24) Decr. *Unitatis redintegratio*, sobre el ecumenismo, 4.

25) *Ib.*, 1.

26) Cf. *Vita Methodii* IX, 3; VIII, 16: *ed. cit.*, págs. 229; 228.

27) Cf. *Vita Methodii* IX, 2: *ed. cit.*, pág. 229.

la Iglesia la cual, según la voluntad de su Fundador Jesucristo, debe ser siempre una, santa, católica y apostólica. Tal consigna encontró pleno eco en el Símbolo de los 150 Padres del II Concilio Ecuménico de Constantinopla, lo cual constituye la intangible profesión de fe de todos los cristianos.

V. SENTIDO CATOLICO DE LA IGLESIA

16. No es solamente el contenido evangélico de la doctrina anunciada por los Santos Cirilo y Metodio lo que merece un particular relieve. Para la Iglesia de hoy es también muy expresivo e instructivo el método catequético y pastoral que ellos aplicaron en su actividad apostólica entre pueblos que todavía no habían visto celebrar los divinos misterios en su lengua nativa, ni habían oído todavía anunciar la Palabra de Dios de una manera plenamente afín a su mentalidad y en el respeto de sus propias condiciones de vida.

Sabemos que el Concilio Vaticano II, hace veinte años, tuvo como objetivo principal el de despertar la autoconciencia de la Iglesia y, mediante su renovación interior, darle un nuevo impulso misionero en el anuncio del eterno mensaje de salvación, de paz y de recíproca concordia entre los pueblos y naciones, por encima de todas las fronteras que todavía dividen nuestro planeta destinado, por voluntad de Dios creador y redentor, a ser morada común para toda la humanidad. Las amenazas, que en nuestros días se ciernen sobre el mundo, no pueden hacer olvidar la profética intuición del Papa Juan XXIII, que convocó el Concilio con la intención y convicción de que con él se podría preparar e iniciar un período de primavera y resurgimiento en la vida de la Iglesia.

Y, en tema de universalidad, el mismo Concilio, entre otras cosas, se expresó así: "Todos los hombres están llamados a formar parte del nuevo Pueblo de Dios. Por lo cual, este pueblo, sin dejar de ser uno y único, debe extenderse a todo el mundo y en todos los tiempos, para así cumplir el designio de la voluntad de Dios, quien en un principio creó una sola naturaleza humana, y a sus hijos, que estaban dispersos, determinó luego congregarlos (cf. Jn 11, 52). . . La Iglesia o el Pueblo de Dios, introduciendo este reino, no disminuye el bien temporal de ningún pueblo; antes al contrario, fomenta y asume y, al asumirlas, las purifica, fortalece y eleva todas las capacidades y riquezas y costumbres de los pueblos en lo que tienen de bueno. . . Este carácter de universalidad, que distingue al Pueblo de Dios, es un don del mismo Señor. . . En virtud de esta catolicidad, cada una de las partes colabora con sus dones propios con las restantes partes y con toda la Iglesia, de tal modo que el todo y cada una de las partes aumenten a causa de todos los que mutuamente se comunican y tienden a la plenitud en la unidad" (28).

17. Podemos afirmar con toda tranquilidad que una visión así, tradicional y a la vez muy actual, de la catolicidad de la Iglesia —sentida como una sinfonía de las diversas liturgias en todas las lenguas del mundo, unidas a una única liturgia, o como un coro armonioso que, sostenido por las voces de inmensas multitudes de hombres, se eleva según innumerables modulaciones, timbres y acordes para la alabanza de Dios, desde cualquier punto de nuestro globo, en cada momento de la historia—, corresponde de modo particular a la visión teológica y pastoral que inspiró la obra apostólica y misionera de Constantino Filósofo y de Metodio, y favoreció su misión

28) Conc. Ecum. Vatic. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 13.

entre las naciones eslavas.

En Venecia, ante los representantes de la cultura eclesiástica que, apegados a un concepto más bien angosto de la realidad eclesial, eran contrarios a esta visión, San Cirilo la defendió con valentía, indicando el hecho de que muchos pueblos habían introducido ya en el pasado y poseían una liturgia escrita y celebrada en su propia lengua, como "los armenios, persas, abasgos, georgianos, sugdos, godos, avaros, tirsos, jázaros, árabes, coptos, sirianos y otros muchos" (29).

Recordando que Dios hace salir el sol y hace caer la lluvia sobre todos los hombres sin excepción (30), él decía: "¿No respiramos acaso todos el aire del mismo modo? Y vosotros no os avergonzáis de establecer sólo tres lenguas (hebreo, griego y latín) diciendo que todos los demás pueblos y razas queden ciegos y sordos. Decidme: ¿Defendéis esto, porque consideraréis a Dios tan débil que no pueda concederle, o tan envidioso, que no lo quiera?" (31). A las argumentaciones históricas y dialécticas que se le presentaban, el Santo respondía recurriendo al fundamento inspirado por la Sagrada Escritura: "Toda lengua confiese que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre" (32); "Póstrase toda la tierra ante Ti y entone salmos a tu nombre" (33); "Alabad a Yavé las gentes todas, alabadle todos los pueblos" (34).

18. La Iglesia es también católica porque sabe presentar en cada contexto humano la verdad revelada, custodiada intacta por ella en su contenido divino, de manera que se haga accesible a los modos de pensar elevados y a las justas aspiraciones de cada hombre y de cada pueblo. Por otra parte, todo el patrimonio de bien, que cada generación transmite a la posteridad junto con el don inestimable de la vida, constituye como una variopinta e inmensa cantidad de teselas que componen el vivo mosaico del *Pantocrátor*, el cual se manifestará en su total esplendor sólo en la parusía.

El Evangelio no lleva al empobrecimiento o desaparición de todo lo que cada hombre, pueblo y nación, y cada cultura en la historia, reconocen y realizan como bien, verdad y belleza. Es más, el Evangelio induce a asimilar y desarrollar todos estos valores, a vivirlos con magnanimidad y alegría y a completarlos con la misteriosa y sublime luz de la Revelación.

La dimensión concreta de la catolicidad, inscrita por Cristo el Señor en la constitución misma de la Iglesia, no es algo estático, fuera del dato histórico y de una uniformidad sin relieve, sino que surge y se desarrolla, en cierto sentido, cotidianamente como una novedad a partir de la fe unánime de todos los que creen en Dios uno y trino, revelado por Jesucristo y predicado por la Iglesia con la fuerza del Espíritu Santo. Esta dimensión brota espontáneamente del recíproco respeto —propio de la caridad fraterna— hacia cada hombre y cada nación, grande o pequeña, y por el reconocimiento leal de los atributos y derechos de los hermanos en la fe.

19. La catolicidad de la Iglesia se manifiesta también en la corresponsabilidad activa y en la colaboración generosa de todos en favor del bien común. La Iglesia realiza en todas partes su propia universalidad acogiendo, uniendo y elevando, en el modo en que le es propio y con solicitud maternal, todo valor humano auténtico. Al mismo tiempo, ella se afana, en cualquier área geográfica y en cualquier situación

29) *Vita Constantini* XVI, 8: ed. cit., pág. 205.

30) Cf. Mt 5, 45.

31) *Vita Constantini* XVI, 4-6: ed. cit., pág. 205.

32) *Ib.*, XVI, 58: ed. cit., pág. 208; Flp 2, 11.

33) *Vita Constantini* XVI, 12: Ed. cit., pág. 206; Sal 66/65, 4.

34) *Ib.*, XVI, 13: ed. cit., pág. 206; Sal 117/116, 1.

histórica, en ganar para Dios a cada hombre y a todos los hombres, para unirlos entre sí y con El en su verdad y en su amor.

Cada hombre, cada nación, cada cultura y civilización tienen una función propia que desarrollar y un puesto propio en el misterioso plan de Dios y en la historia universal de la salvación. Este era el modo de pensar de los dos Santos hermanos: Dios "clemente y compasivo" (35), esperando que todos los hombres se arrepientan, para que todos sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad (36). . . , no permite que el género humano sucumba a la debilidad y perezca, cayendo en la tentación del enemigo, sino que en todos los años y tiempos no cesa de concedernos una gracia múltiple, desde el origen hasta hoy, del mismo modo: antes, por medio de los patriarcas y de los padres y, después de ellos, por medio de los profetas; y más tarde por medio de los apóstoles y de los mártires, de los hombres justos y de los doctores, que El escogió de en medio de esta vida tempestuosa" (37).

20. El mensaje evangélico, que los Santos Cirilo y Metodio tradujeron para los pueblos eslavos, recogiendo sabiamente del tesoro de la Iglesia "cosas antiguas y nuevas" (38), fue transmitido mediante el anuncio y la catequesis en conformidad con las verdades eternas y adaptándolo, al mismo tiempo, a la situación histórica concreta. Gracias a los esfuerzos misioneros de ambos Santos, los pueblos eslavos pudieron, por primera vez, tomar conciencia de su propia vocación y participar en el designio eterno de salvación del mundo. Con esto reconocían también el propio papel en favor de toda la historia de la humanidad creada por Dios Padre, redimida por el Hijo Salvador e iluminada por el Espíritu Santo. Gracias a este anuncio, aprobado en su tiempo por las autoridades de la Iglesia—los Obispos de Roma y los Patriarcas de Constantinopla— los eslavos pudieron sentirse, junto con las otras naciones de la tierra, descendientes y herederos de la promesa hecha por Dios a Abraham (39). De este modo, y gracias a la organización eclesiástica creada por San Metodio y a la conciencia de la propia identidad cristiana, ellos ocuparon el lugar que les estaba destinado en la Iglesia, establecida también ya en aquella parte de Europa. Por ello, sus actuales descendientes conservan un recuerdo grato e imperecedero de aquél que vino a ser el eslabón que los une a la cadena de los grandes heraldos de la divina Revelación del Antiguo y del Nuevo Testamento: "Después de todos éstos, en nuestros tiempos, Dios misericordioso suscitó para la buena empresa en favor de nuestro pueblo—de quien antes nadie se había preocupado—, a nuestro maestro el bienaventurado Metodio, cuyas virtudes y luchas nosotros las comparamos una por una y sin sonrojarnos, a las de tales hombres gratos a Dios" (40).

VI. EVANGELIO Y CULTURA

21. Los hermanos de Salónica eran herederos no sólo de la fe, sino también de la cultura de la antigua Grecia, continuada por Bizancio. Todos saben la importancia que esta herencia tiene para toda la cultura europea y, directa o indirectamente, para la cultura universal. En la obra de evangelización que ellos llevaron a cabo como pioneros en los territorios habitados por los pueblos eslavos, está contenido, al mis-

35) Cf. *Sal* 112/111, 4; *J* 2, 13.

36) Cf. *1 Tim* 2, 4.

37) *Vita Constantini* I, 1: ed. cit., pág. 169.

38) Cf. *Mt* 13, 52.

39) Cf. *Gén* 15, 1-21.

40) *Vita Methodii* II, 1: ed. cit., págs. 220 s.

mo tiempo, un modelo de lo que hoy lleva el nombre de "inculturación"—encarnación del Evangelio en las culturas autóctonas— y, a la vez, la introducción de éstas en la vida de la Iglesia.

Al encarnarse el Evangelio en la peculiar cultura de los pueblos que evangelizaban, los Santos Cirilo y Metodio tuvieron un mérito particular en la formación y desarrollo de aquella misma cultura, o mejor, de muchas culturas. En efecto, todas las culturas de las naciones eslavas deben el propio "comienzo" o desarrollo a la obra de los hermanos de Salónica. Ellos, con la creación, original y genial, de un alfabeto para la lengua eslava, dieron una contribución fundamental a la cultura y a la literatura de todas las naciones eslavas.

Además, la traducción de los libros sagrados realizada por Cirilo y Metodio, junto con sus discípulos, confirió capacidad y dignidad cultural a la lengua litúrgica paleo-eslava, que vino a ser durante largos siglos no sólo la lengua eclesiástica, sino también la oficial y literaria, e incluso la lengua común de las clases más cultas en la mayor parte de las naciones eslavas y, en concreto, de todos los eslavos de rito oriental. Dicha lengua se usaba también en la Iglesia de la Santa Cruz, de Cracovia, en la que se habrían establecido los benedictinos eslavos. Aquí se publicaron los primeros libros litúrgicos impresos en esta lengua. Hasta el día de hoy es ésta la lengua usada en la liturgia bizantina de las Iglesias orientales eslavas de rito constantinopolitano, tanto católicas como ortodoxas, en Europa Oriental y Sudoriental, así como en diversos países de Europa Occidental; es también usada en la liturgia romana de los católicos de Croacia.

22. En el desarrollo histórico de los eslavos de rito oriental, dicha lengua tuvo un papel similar al de la lengua latina en Occidente; además, ella se ha conservado durante largo tiempo—en parte hasta el siglo XIX— y ha ejercido un influjo mucho más directo en la formación de las lenguas nativas literarias gracias a la estrecha relación de parentesco con ellas.

Estos méritos en favor de la cultura de todos los pueblos y de todas las naciones eslavas, hacen que la obra de evangelización realizada por los Santos Cirilo y Metodio esté, en cierto sentido, constantemente presente en la historia y en la vida de estos pueblos y de estas naciones.

VII. SIGNIFICADO E IRRADIACION DEL MILENIO CRISTIANO EN EL MUNDO ESLAVO

23. La actividad apostólico-misionera de los Santos Cirilo y Metodio, que se sitúa en la segunda mitad del siglo IX, puede considerarse como la primera evangelización efectiva de los eslavos.

Esta actividad alcanzó, de diversa manera, a cada uno de los territorios, concentrándose principalmente en los de la Gran Moravia de entonces. Ante todo, abarcó las regiones de la metrópoli, cuyo Pastor era Metodio, esto es, Moravia, Eslovaquia y Panonia, en suma, una parte de la actual Hungría. En el marco del influjo más vasto ejercido por esta actividad apostólica—en especial por parte de los misioneros preparados por Metodio— se encontraron los otros grupos de eslavos occidentales, sobre todo, los de Bohemia. El primer Príncipe histórico de Bohemia, de la dinastía de los Premyslidi, Bozyvoj (Borivoj), fue bautizado probablemente según el rito eslavo. Más tarde este influjo llegó hasta las tribus servio-lusacianas, así como a los territorios de la Polonia Meridional. Sin embargo, desde el momento de la caída de la

Gran Moravia (905-906 aproximadamente), a este rito le substituyó el rito latino y Bohemia fue puesta eclesiásticamente bajo la jurisdicción del obispo de Ratisbona y la metrópoli de Salzburgo. Mas es digno de atención el hecho de que aún a mediados del siglo X, en tiempos de San Wenceslao, existía una penetración recíproca de elementos de ambos ritos con una avanzada simbiosis de las dos lenguas usadas en la liturgia: la lengua eslava y la lengua latina. Por lo demás, no era posible la cristianización del pueblo sin servirse de la lengua nativa. Solamente sobre esta base pudo desarrollarse la terminología cristiana en Bohemia y de aquí, sucesivamente, desarrollarse y consolidarse la terminología eclesiástica en Polonia. La referencia sobre el Príncipe de los Vislanos en la *Vida de Metodio*, es la alusión histórica más antigua relativa a una de las tribus polacas (41). Faltan datos suficientes para poder relacionar con esta noticia la institución de una organización eclesiástica de rito eslavo en tierras polacas.

24. El bautismo de Polonia en el año 966, en la persona del primer Soberano histórico Mieszko, que se casó con la Princesa bohema Dubravka, tuvo lugar principalmente, por medio de la Iglesia bohema y, por medio de ella, el cristianismo se introdujo en Polonia desde Roma en la forma latina. De todas maneras, subsiste el hecho de que los orígenes del cristianismo en Polonia se conectan de algún modo con la obra de los hermanos que partieron de la lejana Salónica.

Entre los eslavos de la península Balcánica, la solicitud de los Santos hermanos fructificó de modo aún más visible. Gracias a su apostolado, se consolidó el cristianismo, radicado desde hacía tiempo en Croacia.

Principalmente a través de los discípulos, expulsados del primer terreno de actividad, la misión cirilo-metodiana se consolidó y desarrolló maravillosamente en Bulgaria. Aquí, gracias a San Clemente de Ojrid, surgieron centros dinámicos de vida monástica, y aquí tuvo un desarrollo particular el alfabeto cirílico. Desde aquí el cristianismo pasó también a otros territorios hasta llegar, a través de la vecina Rumania, a la antigua Rus' de Kiev y extenderse luego desde Moscú hacia el Oriente. Dentro de algunos años —precisamente en el 1988— se cumplirá el milenario del bautismo de San Vladimiro el Grande, Príncipe de Kiev.

25. Justamente, por tanto, los Santos Cirilo y Metodio fueron muy pronto reconocidos por la familia de los pueblos eslavos como padres, tanto de su cristianismo como de su cultura. En muchos de los territorios ya mencionados, si bien habían sido visitados por diversos misioneros, la mayoría de la población eslava conservaba, todavía en el siglo IX, costumbres y creencias paganas. Solamente en el terreno cultivado por nuestros Santos, o al menos preparado por ellos para su cultivo, el cristianismo entró de modo definitivo en la historia de los eslavos durante el siglo siguiente.

Su obra constituye una contribución eminente para la formación de las comunes raíces cristianas de Europa; raíces que, por su solidez y vitalidad, constituyen uno de los más firmes puntos de referencia del que no puede prescindir todo intento serio por recomponer de modo nuevo y actual la unidad del continente.

Después de once siglos de cristianismo entre los eslavos, constatamos que el legado de los hermanos de Salónica es y sigue siendo para dichos pueblos más profundo de Constantinopla, y la occidental, que viene de Roma — surgieron en el seno de la única Iglesia, aunque sobre el entramado de culturas diversas y con una óptica dis-

tinta respecto a los mismos problemas. Tal diversidad, cuando sea bien comprendido su origen y convenientemente ponderados su valor y significado, no hará sino enriquecer tanto la cultura de Europa como su tradición religiosa, y convertirse, de esta manera, en una base adecuada para su deseada renovación espiritual.

26. Desde el siglo IX, cuando en la Europa cristiana se estaba delineando un sistema nuevo, los Santos Cirilo y Metodio nos proponen un mensaje que se manifiesta de gran actualidad para nuestra época, la cual, precisamente por razón de tantos y tan complejos problemas de orden religioso y cultural, civil e internacional, busca una unidad vital en la real comunión de sus diversas componentes. De los dos evangelizadores se puede afirmar que una característica suya fue el amor a la comunión de la Iglesia universal, tanto en Oriente como en Occidente y, dentro de ella, a la Iglesia particular, que estaba naciendo en las naciones eslavas. De ellos procede, también para los cristianos y hombres de nuestro tiempo, la invitación a *construir juntos la comunión*.

Pero es en el terreno específico de la actividad misionera donde destaca todavía más el ejemplo de Cirilo y Metodio. En efecto, dicha actividad es tarea esencial de la Iglesia y es en nuestros días urgente en la forma ya mencionada de la "inculturación". Los dos hermanos no sólo desarrollaron su misión respetando plenamente la cultura existente entre los pueblos eslavos, sino que, junto con la religión, la promovieron y acrecentaron de forma eminente e incesante. De modo análogo, en nuestros días, las Iglesias de antigua fundación pueden y deben ayudar a las Iglesias y a los pueblos jóvenes a madurar en su propia identidad y a progresar en ella (42).

27. Cirilo y Metodio son como los eslabones de unión, o como un puente espiritual, entre la tradición oriental y la occidental, que confluyen en la *única* gran tradición de la Iglesia universal. Para nosotros son paladines y a la vez patronos en el esfuerzo ecuménico de las Iglesias hermanas de Oriente y Occidente para volver a encontrar, mediante el diálogo y la oración, la unidad visible en la comunión perfecta y total: "unión que —como dije durante mi visita a Bari— no es absorción ni tampoco fusión" (43). La unidad es el encuentro en la verdad y en el amor que nos han sido dados por el Espíritu. Cirilo y Metodio, en su personalidad y en su obra, son figuras que despiertan en todos los cristianos una gran "nostalgia por la unión" y por la unidad entre las dos Iglesias hermanas de Oriente y Occidente (44). Para la plena catolicidad, cada nación y cada cultura tienen un papel propio que desarrollar en el plan universal de salvación. Cada tradición particular, cada Iglesia local, debe permanecer abierta y atenta a las otras Iglesias y tradiciones y, al mismo tiempo, a la comunión universal y católica; si permaneciese cerrada en sí misma, correría el peligro de empobrecerse también ella.

En la actuación del propio carisma, Cirilo y Metodio dieron una contribución decisiva a la construcción de Europa, no sólo en la comunión religiosa cristiana, sino también con miras a su unión civil y cultural. Ni aun hoy existe otra vía para superar las tensiones y reparar las rupturas y antagonismos existentes, tanto en Europa

41) Cf. *Vita Methodii* XI, 2-3: ed. cit., pág. 231.

42) Cf. Conc. Eum. Vatic. II, Decreto *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 38.

43) Juan Pablo II, Discurso en el encuentro ecuménico en la basílica de San Nicolás de Bari, Italia, 26 de febrero de 1984, 2: *L'Osservatore Romano*, edic. en lengua española, 11 de marzo de 1984, pág. 19.

44) *Ib.*, pág. 19.

como en el mundo, las cuales amenazan con provocar una espantosa destrucción de vida y de valores. Ser cristiano en nuestro tiempo significa ser artífice de comunión en la Iglesia y en la sociedad. A tal fin ayudan un espíritu abierto hacia los hermanos, la mutua comprensión y la prontitud en la cooperación mediante un generoso intercambio de los bienes culturales y espirituales.

En efecto, una de las aspiraciones fundamentales de la humanidad actual es la de volver a encontrar la unidad y la comunión para una vida verdaderamente digna del hombre a nivel mundial. La Iglesia, consciente de ser signo y sacramento universal de salvación y de unidad del género humano, está dispuesta a desempeñar este deber suyo, "que las condiciones de nuestra época hacen más urgente", para que "todos los hombres, que hoy están más íntimamente unidos por múltiples vínculos sociales, técnicos y culturales, consigan también la unidad completa en Cristo" (45).

VIII. CONCLUSION

28. Conviene, por tanto, que toda la Iglesia celebre con solemnidad y alegría los once siglos transcurridos desde la conclusión de la obra apostólica del primer arzobispo ordenado en Roma para los pueblos eslavos, Metodio, y de su hermano Cirilo, al recordar el ingreso de estos pueblos en la escena de la historia de la salvación y en el número de las naciones europeas que, desde los siglos precedentes, habían acogido el mensaje evangélico. Todos pueden comprender con qué profundo gozo desea participar en esta celebración el primer hijo de la estirpe eslava, llamado, después de casi dos milenios, a ocupar la sede episcopal de San Pedro en esta ciudad de Roma.

29. "En tus manos entrego mi espíritu". Nosotros saludamos el undécimo centenario de la muerte de San Metodio con las mismas palabras que —de acuerdo a cuanto se narra en su *Vida*, escrita en lengua paleo-eslava (46)— fueron pronunciadas por él antes de morir, mientras estaba ya para unirse con sus padres en la fe, en la esperanza y en la caridad: a los patriarcas, profetas, apóstoles, doctores y mártires. Con el testimonio de la palabra y de la vida, sostenidas por el carisma del Espíritu, él dio ejemplo de una vocación fecunda tanto al siglo en que vivió como a los siglos posteriores y, de modo particular, a nuestros días.

Su glorioso "tránsito" en la primavera del año 885 de la Encarnación de Cristo (y según el cómputo bizantino del tiempo, en el año 6393 de la creación del mundo), tuvo lugar en un período en que inquietantes nubes se cernían sobre Constantinopla y tensiones hostiles amenazaban cada vez más la tranquilidad y la vida de las naciones, e incluso los sagrados vínculos de fraternidad cristiana y de comunión entre las Iglesias de Oriente y Occidente.

En su catedral, rebosante de fieles de diversas estirpes, los discípulos de San Metodio tributaron un solemne homenaje al difunto Pastor por el mensaje de salvación, de paz y de reconciliación que había llevado y al que había dedicado toda su vida: "Celebraron un oficio sagrado en latín, griego y eslavo" (47), adorando a Dios y venerando al primer arzobispo de la Iglesia fundada por él entre los eslavos, a quienes había anunciado el Evangelio junto con su hermano, en su propia lengua. Esta Iglesia se consolidó aún más cuando, por expreso consentimiento del Papa, recibió

una jerarquía autóctona, radicada en la sucesión apostólica y enlazada en la unidad de fe y de amor tanto con la Iglesia de Roma como con la de Constantinopla, donde la misión eslava se había iniciado.

Al cumplirse once siglos de su muerte, deseo estar presente, al menos espiritualmente, en *Velehrad* donde —como parece— la divina Providencia permitió a Metodio concluir su vida apostólica:

— deseo también detenerme en la *basílica de San Clemente en Roma*, donde fue sepultado San Cirilo;

— y ante las tumbas de ambos hermanos, apóstoles de los eslavos, deseo *encomendar a la Santísima Trinidad su herencia espiritual* con una oración especial.

30. "En tus manos entrego. . ."

Oh Dios grande, uno en la Trinidad, yo te entrego el legado de la fe de las naciones eslavas: conserva y bendice esta obra tuya.

Recuerda, Padre todopoderoso, el momento en el que, según tu voluntad, llegó a estos pueblos y naciones la "plenitud de los tiempos" y los Santos misioneros de Salónica cumplieron el mandato que tu Hijo Jesucristo había dirigido a sus Apóstoles; siguiendo sus huellas y las de sus sucesores, llevaron a las tierras habitadas por los eslavos la luz del Evangelio, la Buena Nueva de la salvación y ante ellos dieron testimonio de

— que Tú eres Creador del hombre, que eres Padre y que en Ti todos los hombres somos hermanos;

— que por medio de tu Hijo, Palabra eterna, has dado la existencia a todas las cosas y has llamado a los hombres a participar de tu vida que no tiene fin;

— que has amado tanto al mundo que le has entregado como don a tu Hijo unigénito, que por nosotros los hombres y por nuestra salvación, bajó del cielo y por obra del Espíritu Santo se encarnó de la Virgen María y se hizo hombre;

— que, finalmente, enviaste al Espíritu de poder y de consuelo para que todo hombre, redimido por Cristo, pudiese recibir en él la dignidad de hijo y llegar a ser coheredero de las indefectibles promesas hechas por Ti a la humanidad.

Tu plan creador, oh Padre, culminado en la redención, implica al hombre viviente y abarca toda su vida y la historia de los pueblos.

Escucha, oh Padre, lo que hoy te implora toda la Iglesia y haz que *los hombres y las naciones* que, gracias a la misión apostólica de los Santos hermanos de Salónica, te conocieron y te recibieron a Ti, Dios verdadero, y mediante bautismo entraron en la comunidad de tus hijos, puedan seguir todavía acogiendo, sin obstáculos, con entusiasmo y confianza este programa evangélico, realizando todas sus posibilidades humanas sobre el fundamento de sus enseñanzas.

Que puedan seguir ellos, conforme a su propia conciencia, la voz de tu llamada a lo largo del camino que les fue indicado por primera vez hace once siglos.

— Que el hecho de pertenecer al reino de tu Hijo jamás sea considerado por nadie en contraste con el bien de su patria terrena.

Que en la vida privada y en la vida pública puedan darte la alabanza debida.

Que puedan vivir en la verdad, en la caridad, en la justicia y en el gozo de la paz mesiánica que llega a los corazones humanos, a las comunidades, a la tierra y al mundo entero.

Que, conscientes de su dignidad de hombres y de hijos de Dios, puedan tener la fuerza para superar todo odio y para vencer el mal con el bien.

Y concede también a toda Europa, oh Trinidad Santísima, por intercesión de los

45) Conc. Eum. Vatic. II, Constitución dogmática *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 1.
46) Cf. *Vita Methodii* XVII, 9-10: ed. cit., pág. 237; *Lc* 23, 46; *Sal* 31/30, 6.
47) *Vita Methodii* XVII, 11: ed. cit., pág. 237.

dos Santos hermanos, que sienta cada vez más la exigencia de la unidad religioso-cristiana y la comunión fraterna de todos sus pueblos, de tal manera que, superada la incomprensión y la desconfianza recíprocas, y vencidos los conflictos ideológicos por la común conciencia de la verdad, pueda ser para el mundo entero un ejemplo de convivencia justa y pacífica en el respeto mutuo y en la inviolable libertad.

31. A Ti, pues, Dios Padre todopoderoso, Dios Hijo que has redimido al mundo, Dios Espíritu Santo que eres fundamento y maestro de toda santidad, deseo encomendarte la Iglesia entera de ayer, de hoy y de mañana; la Iglesia que está en Europa y que está extendida por toda la tierra. En tus manos pongo esta riqueza singular compuesta de tantos dones diversos, antiguos y nuevos que forman el tesoro común de tantos hijos diversos.

Toda la Iglesia te da gracias a Ti, que llamaste a las naciones eslavas a la comunión de la fe por la herencia y por la contribución dada al patrimonio universal. Te da gracias por esto, de modo particular, el Papa de origen eslavo. Que esta contribución no cese jamás de enriquecer a la Iglesia, al continente europeo y al mundo entero. Que no se debilite en Europa y en el mundo de hoy. Que no falte en la conciencia de nuestros contemporáneos. Deseamos acoger íntegramente todo aquello que, de original y válido, las naciones eslavas han dado y siguen dando al patrimonio espiritual de la Iglesia y de la humanidad. Toda la Iglesia, consciente de su riqueza común, profesa su solidaridad espiritual con ellos y reafirma su propia responsabilidad hacia el Evangelio, por la obra de salvación que es llamada a realizar también hoy en todo el mundo, hasta los confines de la tierra. Es indispensable remontarse al pasado para comprender, bajo su luz, la realidad actual y vislumbrar el mañana. La misión de la Iglesia, en efecto, está siempre orientada y encaminada con indefectible esperanza hacia el futuro.

32. ¡El futuro! Por más que pueda aparecer humanamente grávido de amenazas e incertidumbres, lo ponemos con confianza en tus manos, Padre celestial, invocando la intercesión de la Madre de tu Hijo y Madre de la Iglesia; y también la de tus Apóstoles Pedro y Pablo y la de los Santos Benito, Cirilo y Metodio, la de Agustín y Bonifacio, y la de todos los evangelizadores de Europa, los cuales, fuertes en la fe, en la esperanza y en la caridad, anunciaron a nuestros padres tu salvación y tu paz; y con los trabajos de su siembra espiritual comenzaron la construcción de la civilización del amor, el nuevo orden basado en tu santa ley y en el auxilio de tu gracia, que al final de los tiempos vivificará todo y a todos en la Jerusalén celestial. Amén.

A todos vosotros, amadísimos hermanos, mi bendición apostólica.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el día 2 de junio, solemnidad de la Santísima Trinidad, del año 1985, VII de mi pontificado.

Joannes Paulus II

CARTA DEL PAPA JUAN PABLO II A TODOS LOS SACERDOTES DE LA IGLESIA CON OCASION DEL JUEVES SANTO

Queridos hermanos sacerdotes:

1. En la liturgia del Jueves Santo nos unimos de manera particular a Cristo, que es la fuente eterna e incesante de nuestro sacerdocio en la Iglesia. El es el único sacerdote del propio sacrificio, como es también la inefable víctima (hostia) del propio sacerdocio en el sacrificio del Gólgota.

Durante la Última Cena El ha dejado a su Iglesia este sacrificio —el sacrificio de la Nueva y Eterna Alianza— como *Eucaristía*; el sacramento de su Cuerpo y Sangre bajo las especies del pan y del vino “según el orden de Melquisedec” (1).

Cuando dice a los Apóstoles: “Haced esto en memoria mía” (2), El constituye a los ministros de este sacramento en la Iglesia, en la que a lo largo de los tiempos debe continuar, renovarse y realizarse el sacrificio ofrecido por El para la redención del mundo. A estos mismos ministros les ordena obrar —en virtud del sacerdocio sacramental recibido— en su lugar, “in persona Christi”.

Todo ello, queridos hermanos, nos es comunicado en la Iglesia mediante la sucesión apostólica. El Jueves Santo es cada año el día del nacimiento de la Eucaristía, y a la vez del nacimiento de nuestro sacerdocio, que es ante todo ministerial y al mismo tiempo jerárquico. Es ministerial, porque en virtud del Orden sagrado ejercemos en la Iglesia aquel servicio que sólo los sacerdotes pueden realizar: ante todo el servicio de la Eucaristía. Y es también jerárquico porque este servicio nos permite, mientras servimos, guiar pastoralmente cada comunidad del Pueblo de Dios, en comunión con los obispos, quienes han heredado de los Apóstoles el poder y el carisma pastoral en la Iglesia.

2. El día solemne del Jueves Santo la comunidad sacerdotal, es decir, el presbiterio de cada Iglesia —comenzando por la de Roma— da una particular expresión a su unión en el sacerdocio de Cristo. En este día me dirijo también —no por vez primera, y en unión colegial con mis hermanos en el Episcopado— a vosotros que sois mis y nuestros hermanos en el sacerdocio ministerial de Cristo, en todo lugar de la tierra, en cada nación, pueblo, lengua y cultura. Como os escribí ya otra vez, adaptando las conocidas palabras de San Agustín, os repito: “*vobis sum episcopus*” y al mismo tiempo “*vobiscum sum sacerdos*” (3). En el día solemne del Jueves Santo, junto con todos vosotros, queridos hermanos, renuevo —como cada obispo en su propia Iglesia— con la mayor humildad y gratitud, la conciencia de la realidad del Don que mediante la ordenación sacerdotal nos ha sido comunicado, a cada uno y a todos, en el presbiterio de la Iglesia universal (4).

El sentimiento de humilde gratitud debe cada año prepararnos mejor a la multiplicación del talento que el Señor nos ha confiado antes de partir, a fin de que podamos presentarnos ante El, en el día de su segunda venida, nosotros a quienes

NOTAS

1) Sal 110/109, 4; cf. Heb. 7, 17.

2) Lc 22, 19; cf. 1 Cor 11, 24 s.

3) “Vobis enim sum episcopus, vobiscum sum christianus”: *Serm.* 340, 1: PL 38, 1483.

4) Cf. Sal. 16/15, 5: “Dominus pars hereditatis meae et calicis mei...”.

ha dicho: "Ya no os llamo siervos, ...os llamo amigos... No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca" (5).

3. Al hacer referencia a estas palabras de nuestro Maestro, que contienen en sí los mejores votos en el día del nacimiento de nuestro sacerdocio, en esta Carta del Jueves Santo deseo tocar uno de los problemas que encontramos necesariamente en el camino de nuestra vocación sacerdotal, así como en el de la misión apostólica.

De este problema habla más ampliamente la "Carta a los Jóvenes" que acompaña el presente mensaje anual para el Jueves Santo. El año 1985, por iniciativa de la Organización de las Naciones Unidas, es celebrado en todo el mundo como el Año Internacional de la Juventud. Me ha parecido que esta iniciativa no podía quedar al margen de la Iglesia, como no han quedado otras nobles iniciativas de carácter internacional, como por ejemplo la del año del anciano, de los minusválidos y otras semejantes. En tales iniciativas la Iglesia no puede ni debe quedar al margen, porque ellas se hallan en el centro de su misión y servicio que es constituirse y crecer como comunidad de creyentes, como bien indica la Constitución dogmática *Lumen gentium* del Concilio Vaticano II. A su manera, cada una de estas iniciativas confirma la realidad de la presencia de la Iglesia en el mundo contemporáneo, a la que el último Concilio ha dado expresión magistral en la Constitución pastoral *Gaudium et spes*.

Deseo, por tanto, también en la Carta para el Jueves Santo de este año, expresar algunos pensamientos sobre el tema de la juventud en el trabajo pastoral de los sacerdotes y, en general, en el apostolado propio de nuestra vocación.

4. Jesucristo es también en este campo el modelo perfecto. Su coloquio con el joven, que encontramos en el texto de los tres sinópticos (6), constituye una fuente inagotable de reflexión sobre este tema. A tal fuente me refiero sobre todo en la "Carta a los Jóvenes" de este año. A ella hay que recurrir también para servirnos de la misma, especialmente cuando pensamos en nuestro empeño sacerdotal y pastoral con los jóvenes. En ello Jesucristo debe ser para nosotros la primera y fundamental fuente de inspiración.

El texto del Evangelio indica que el joven tuvo fácil acceso a Jesús. Para él el Maestro de Nazaret era alguien a quien podía dirigirse con confianza: alguien a quien podía confiar sus interrogantes esenciales; alguien de quien podía esperar una respuesta verdadera. Todo esto es también para nosotros una indicación de fundamental importancia. Cada uno de nosotros ha de distinguirse por una accesibilidad parecida a la de Cristo; es necesario que los jóvenes no encuentren dificultad en acercarse al sacerdote y que noten en él la misma apertura, benevolencia y disponibilidad frente a los problemas que les agobian. Es más, cuando son de temperamento un poco reservado o se cierran en sí mismos, el comportamiento del sacerdote les ha de facilitar la superación de las resistencias que de aquel hecho se derivan. Por lo demás, son diversos los caminos para instaurar y crear aquel contacto que, en su conjunto, puede definirse como "diálogo de salvación". Sobre este tema los sacerdotes comprometidos en la pastoral juvenil podrían decir mucho; deseo, pues, referirme simplemente a su propia experiencia. Una importancia especial tiene, naturalmente, la experiencia de los Santos; y sabemos que no faltan entre las generaciones de sacerdotes "los santos pastores de la juventud"

5) Jn 15, 15 s.

6) Cf. Mt 19, 16-22; Mc 10, 17-22; Lc 18, 18-23

La accesibilidad del sacerdote respecto a los jóvenes significa no solamente facilidad de contacto con ellos, ya sea en el templo o también fuera de él, en aquellos lugares a donde los jóvenes se sienten atraídos de acuerdo con las sanas características propias de su edad (pienso, por ejemplo, en el turismo, en el deporte y en general en la esfera de los intereses culturales). La accesibilidad de que nos da ejemplo el mismo Cristo consiste en algo más. El sacerdote no sólo por su preparación ministerial, sino también por la competencia adquirida en las ciencias de la educación, debe despertar confianza como confidente en los problemas de carácter fundamental, en las cuestiones que se refieren a la vida espiritual, en las dudas de conciencia. El joven que se acerca a Jesús de Nazaret pregunta directamente: "Maestro bueno, ¿qué he de hacer para alcanzar la vida eterna?" (7). La misma pregunta puede ser planteada de modo distinto y no siempre tan explícito; con frecuencia se hace de modo indirecto y aparentemente indiferente. Sin embargo, la pregunta contenida en el Evangelio abarca, en cierto sentido, un amplio espacio en cuyo ámbito se desarrolla nuestro diálogo pastoral con la juventud. Muchísimos son los problemas comprendidos en este espacio; en él vienen comprendidos numerosos interrogantes posibles y numerosas posibles respuestas, ya que la vida humana, especialmente durante la juventud, es multiforme en su riqueza de interrogantes, y el Evangelio por su parte es rico en posibilidades de respuesta.

5. Hace falta que el sacerdote que está en contacto con los jóvenes sepa escuchar y sepa responder. Hace falta que ambas cosas sean fruto de una madurez interior; hace falta que ello se plasme en una clara coherencia entre vida y enseñanza; es más, es necesario que esto sea fruto de la oración, de la unión con Cristo el Señor y de docilidad a la acción del Espíritu Santo. Naturalmente en ello es importante una instrucción adecuada, pero ante todo importa el sentido de responsabilidad frente a la verdad, frente al interlocutor. El coloquio que relatan los sinópticos prueba, en primer lugar, que el Maestro, a quien el joven interlocutor se dirige, goza a sus ojos de una especial credibilidad y autoridad, es decir, de autoridad moral. El joven espera de El la verdad y acepta su respuesta como expresión de una verdad que obliga. Dicha verdad puede ser exigente. No hemos de tener miedo de exigir mucho a los jóvenes. Puede ser que alguno se marche "entristecido" cuando le parezca que no es capaz de hacer frente a alguna de estas exigencias; a pesar de todo, una tal tristeza puede ser también "salvífica". A veces los jóvenes tienen que abrirse camino a través de tales tristezas salvíficas para llegar gradualmente a la verdad y a la alegría que la verdad lleva consigo.

Por lo demás, los jóvenes saben que el verdadero bien no puede ser "fácil" sino que debe "costar". Ellos poseen una especie de sano instinto cuando de valores se trata. Si el terreno del alma no ha cedido todavía a la corrupción, ellos reaccionan directamente según este sano juicio. Si, por el contrario, la depravación ya ha penetrado, hace falta reconstruir este terreno, cosa que no es posible llevar a cabo sino dando respuestas verdaderas y proponiendo verdaderos valores.

En el modo de actuar de Cristo existe algo muy instructivo. Cuando el joven se dirige a El ("Maestro bueno"), Jesús en cierta manera se "hace a un lado" porque le responde: "Nadie es bueno sino sólo Dios" (8). En efecto, en todos nuestros contactos con los jóvenes esto parece ser de una particular importancia. Nosotros, ante todo, hemos de estar personalmente comprometidos; hemos de compor-

7) Mc 10, 17.

8) Cf. Mt 19, 17; Mc 10, 18; Lc 18, 19.

tarnos con la naturalidad propia del interlocutor, del amigo, del guía; y, a la vez no podemos ni por un momento *oscurecer a Dios poniéndonos, a nosotros, en primer plano*; no podemos empañar a quien "sólo El es bueno", a quien es invisible y, a la vez, está muy presente: "interior íntimo mío", como dice San Agustín (9). Comportándonos con toda naturalidad "en primera persona", no hemos de olvidar que, en cualquier diálogo de salvación, la "primera persona" solamente puede ser *Aquel que por sí solo salva y santifica*. Todo contacto con los jóvenes, todo tipo de pastoral—incluso la externamente "laica"—ha de servir con toda humildad para abrir y *ampliar el espacio a Dios, a Jesucristo*, ya que "mi Padre sigue obrando todavía y por eso obro yo también" (10).

6. En la redacción evangélica de la conversación de Cristo con el joven, hay una expresión que hemos de asimilar de un modo particular. El evangelista dice que Jesús "*poniendo en él los ojos, le amó*" (11). Tocamos aquí el punto verdaderamente neurálgico. Si se preguntase a aquellos sacerdotes que a lo largo de generaciones han hecho más por las almas jóvenes, por los muchachos y las muchachas; si se preguntase a quienes han recogido un fruto duradero en su trabajo con los jóvenes, nos convenceríamos de que la *fuerza primera y la más profunda* de su eficacia está en aquel "*poner los ojos con amor*" como hizo Cristo.

Es necesario *identificar bien este amor* en nuestro ánimo sacerdotal. Es sencillamente el amor "al prójimo": el amor del hombre en Cristo, que abraza a cada uno y cada una, a todos. Este amor *no es*—cuando hablamos de la juventud—*algo exclusivo*, como si no debiera extenderse a los otros, como por ejemplo los adultos, los ancianos o los enfermos. Sí, el amor por la juventud tiene un carácter evangélico sólo cuando *nace del amor por cada uno y por todos*. Al mismo tiempo, éste posee, en cuanto amor, una característica específica y, podría decirse, carismática. Este amor *nace de un interés particular por lo que es la juventud en la vida del hombre*. Los jóvenes indudablemente tienen mucho atractivo, propio de su edad; a veces tienen también no pocas debilidades y defectos. El joven del Evangelio, con el que habla Cristo, por un lado se presenta como un israelita *fiel* a los mandamientos de Dios, pero en seguida aparece como un hombre *demasiado condicionado* por sus riquezas y demasiado apegado a sus bienes.

El amor por los jóvenes—amor que es un atributo indispensable en todo educador honesto y en todo buen pastor—es plenamente consciente tanto de los valores como de los defectos propios de la juventud y de los jóvenes. Al mismo tiempo, este amor—igual que el amor de Cristo—*a través de los valores y defectos* llega directamente al hombre; *llega a un hombre que se encuentra en una fase de la vida sumamente importante*. Verdaderamente son muchas las cosas que se hacen y se deciden en esta fase (a veces de manera irreversible). De cómo sea la juventud *depende* en gran medida *el futuro del hombre*, es decir, el futuro de una persona humana concreta e irrepetible. La juventud, pues, en la vida de todo hombre es una *fase de particular responsabilidad*. El amor por los jóvenes es, ante todo, conciencia de esta responsabilidad y disponibilidad para compartirla.

Un amor así es verdaderamente desinteresado. Suscita confianza en los jóvenes. Es más, éstos tienen una *enorme necesidad* de ella en la fase de la vida que atraviesan. Cada uno de nosotros, sacerdotes, debería estar de manera especial *preparado para tal amor gratuito*. Puede decirse que toda la ascesis de la vida sacer-

9) Agustín (s.) *Confesiones* III, vi, 11: CSEL 33, PAG. 53.
10) Jn 5, 17.
11) Mc 10,21.

dotal, el constante esfuerzo por mejorarse, el espíritu de oración, la unión con Cristo, la entrega a su Madre encuentran precisamente en este punto su verificación cotidiana. Las almas jóvenes son particularmente sensibles. Las mentes jóvenes son a veces muy críticas. Por esto es importante en el sacerdote la preparación intelectual. Al mismo tiempo, sin embargo, la experiencia confirma que aún más importantes son la *bondad, la dedicación* y también la *firmeza*, las cualidades del carácter y del corazón.

Pienso queridos hermanos, que cada uno de nosotros debe pedir insistentemente al Señor Jesús que su contacto con los jóvenes sea esencialmente una *participación de aquella mirada con que El "miró"* a su joven interlocutor del Evangelio, y una *participación en aquel amor* con que El lo "amó". También se debe rezar insistentemente para que este amor sacerdotal, desinteresado, corresponda de manera concreta a las esperanzas de toda la juventud, *tanto masculina como femenina, de los muchachos y de las muchachas*. En efecto, se sabe cuán diferenciada es la riqueza propia de la masculinidad y de la femineidad para el desarrollo de una persona humana concreta e irrepetible. Nosotros debemos aprender de Cristo el amor *a cada uno y a cada una* con el que El mismo "amó".

7. El amor hace capaces de *proponer el bien*. Jesús miró con amor a su joven interlocutor del Evangelio y le dijo: "Sígueme" (12). Este bien que podemos proponer a los jóvenes, se expresa siempre en esta exhortación: ¡Sigue a Cristo! No tenemos otro bien que proponer; nadie puede proponer un bien mayor. Seguir a Cristo quiere decir: trata de *encontrarte a tí mismo* de la manera más profunda y auténtica posible. Trata de *encontrarte a tí mismo como hombre*. En efecto, Cristo es precisamente aquél que—como enseña el Concilio—"manifiesta plenamente el hombre al propio hombre" y le descubre la sublimidad de su vocación" (13).

Por tanto, sigue a Cristo. Lo cual significa: *trata de encontrar aquella vocación que Cristo muestra al hombre; la vocación en la que se realizan el hombre y su propia dignidad*. Solo a la luz de Cristo y de su Evangelio podemos comprender plenamente qué quiere decir que el hombre ha sido creado *a imagen y semejanza de Dios mismo*. Solamente siguiéndole, podemos *llenar* esta imagen eterna *con un contenido de vida concreta*. Este contenido es multiforme; son muchas las vocaciones y las ocupaciones de la vida con las cuales los jóvenes deben precisar su *propio camino*. Sin embargo, en cada uno de estos caminos se trata de realizar una vocación fundamental: ¡ser hombre! ¡Serlo como cristiano! Ser hombre "*en la medida del don de Cristo*". (14).

Si en nuestros corazones sacerdotales se encuentra el amor por los jóvenes, sabremos ayudarlos en la búsqueda de la respuesta a lo que es la vocación de vida de cada uno y de cada una de ellos. Sabremos *ayudarlos* dejándoles plena libertad de *búsqueda* y de *elección*, mostrándoles al mismo tiempo *el valor esencial*—en sentido humano y cristiano—de *cada una* de estas opciones.

Sabremos también estar *con ellos*, con cada una y cada uno, *en medio de las pruebas y de los sufrimientos*, de los que la juventud no está ciertamente exenta. Sí, a veces las ha de soportar pesadamente. Son sufrimientos y pruebas de diverso tipo; son *desilusiones, desengaños, verdaderas crisis*. La juventud es particularmente sensible y no siempre está preparada para los golpes que la vida conlleva.

12) Mt 19, 21; Mc 10,21; Lc 18,22.

13) Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, *Gaudium et spes*, 22.

14) Ef 4, 7.

Hoy la amenaza a la existencia humana a nivel de enteras sociedades, más aún, de toda la humanidad, *produce justamente inquietud en muchos jóvenes.*

Hay que ayudarles en estas inquietudes a descubrir su vocación. Es necesario a la vez sostenerlos y afianzarlos en el deseo de transformar el mundo y de hacerlo más humano y fraterno. Aquí no se trata únicamente de meras palabras; se trata de toda la realidad del "camino" que Cristo indica para un mundo hecho precisamente así. En el Evangelio este mundo se llama el Reino de Dios. *El Reino de Dios* es, al mismo tiempo, el verdadero "reino del hombre"; el mundo nuevo donde se realiza la auténtica "realidad del hombre".

El amor es capaz de proponer el bien. Cuando Cristo dice al joven "sígueme", en ese caso evangélico hay una llamada a "dejar todo" y a seguir el camino de sus apóstoles. El diálogo de Cristo con el joven es el prototipo de tantos diálogos diversos, en los que se abre ante un alma joven la perspectiva de la vocación sacerdotal o religiosa. Nosotros, queridos hermanos sacerdotes y pastores, debemos saber identificar bien estas vocaciones. "La mies —verdaderamente— es mucha, pero los obreros pocos". En algunas partes son poquísimos. Pidamos nosotros mismos al "dueño de la mies que envíe obreros a su mies" (15). *Oremos nosotros mismos*, pidamos a los demás que recen por esta intención. Y, ante todo, intentemos mediante nuestra vida crear un punto concreto de referencia para las vocaciones sacerdotales y religiosas: un modelo concreto. Los jóvenes tienen necesidad inevitable de este modelo concreto para descubrir en sí mismos la posibilidad de seguir un camino parecido. En este terreno nuestro sacerdocio puede dar frutos de modo singular. Esforzados para lograr esto y orad para que el Don que habéis recibido se convierta en fuente de una dádiva semejante para los demás y, concretamente, para los jóvenes.

8. Se podrá decir y escribir aún mucho más sobre este tema. La educación y la pastoral juvenil son objeto de muchos estudios sistemáticos y de muchas publicaciones. Al escribirlos con ocasión del Jueves Santo, queridos hermanos sacerdotes, *deseo limitarme sólo a algunos pensamientos.* Deseo, en cierto modo, "indicar" uno de los temas comprendidos en la múltiple riqueza de nuestra vocación y misión sacerdotal. Sobre este mismo tema abunda más la *Carta a los jóvenes*, que junto con la presente pongo a vuestra disposición, para que podáis hacer uso de ella, especialmente durante este Año de la Juventud.

En la antigua liturgia que los sacerdotes de más edad recuerdan todavía, la Santa Misa comenzaba con la oración al pie del altar, y las primeras palabras del Salmo decían: "Introibo ad altare Dei, ad Deum, qui laetificat iuventutem meam" (16) ("Me acercaré al altar de Dios, al Dios que alegra mi juventud").

El Jueves Santo todos nosotros volvemos a la fuente de nuestro sacerdocio en el Cénaculo. Meditamos cómo ha nacido en el corazón de Jesucristo durante la última Cena. Meditamos también de qué modo ha nacido en el corazón de cada uno de nosotros.

En este día, queridos hermanos, deseo a todos vosotros y a cada uno en particular —independientemente de la edad y de la generación a la que pertenecéis— que "el acercarse al Altar de Dios" (como se expresa el Salmo) sea para vosotros

15) Mt 9,37 s.

16) Sal 43/42, 4 (Vers. Vulg.).

la fuente de la sobrenatural juventud de espíritu, que proviene del mismo Dios. El "nos alegra con la juventud" de su misterio eterno en Jesucristo. Como sacerdotes de este misterio salvífico, participamos en la fuente misma de la juventud de Dios, o sea en esa inagotable "novedad de vida", que a través de Cristo se derrama en nuestros corazones.

Que llegue a ser para todos nosotros y, por nuestro medio, para los demás, especialmente para los jóvenes, una fuente de vida y santidad. Estos deseos los deposito en el corazón de Aquella, en quien pensamos al cantar: "Ave verum Corpus, natum de Maria Virgine. Vere passum, immolatum in Cruce pro homine. Esto nobis praegustatum mortis in examine".

Con todo el afecto de mi corazón y con una renovada bendición apostólica, que os conforte en vuestro ministerio.

Vaticano, día 31 de Marzo, Domingo de Ramos "de Passione Domini", del año 1985, VII de mi pontificado.

Joannes Paulus PP II

CARTA APOSTOLICA DEL PAPA JUAN PABLO II A LOS JOVENES Y A LAS JOVENES DEL MUNDO CON OCASION DEL AÑO INTERNACIONAL DE LA JUVENTUD

Queridos amigos:

VOTOS PARA EL AÑO DE LA JUVENTUD

1. "Siempre prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere" (1).

Estos son los votos que formulo para vosotros, jóvenes, desde el comienzo del año en curso. El 1985 ha sido proclamado por la Organización de las Naciones Unidas como Año Internacional de la Juventud, lo cual reviste un significado múltiple ante todo para vosotros mismos, y también para todas las generaciones, para cada persona, para las comunidades y para toda la sociedad. Esto reviste así-

mismo un particular significado para la Iglesia en cuanto depositaria de verdades y valores fundamentales, y a la vez servidora de los destinos eternos que el hombre y la gran familia humana tienen en Dios mismo.

Si el hombre es el camino fundamental y cotidiano de la Iglesia (2), entonces se comprende bien por qué la Iglesia atribuye una especial importancia al período de la juventud como una etapa clave de la vida de cada hombre. Vosotros, jóvenes, encarnáis esa juventud. Vosotros sois la juventud de las naciones y de la sociedad, la juventud de cada familia y de toda la humanidad. Vosotros sois también la juventud de la Iglesia. Todos miramos hacia vosotros, porque todos nosotros en

cierto sentido volvemos a ser jóvenes constantemente gracias a vosotros. Por eso, vuestra juventud no es solo algo vuestro, algo personal o de una generación, sino algo que pertenece al conjunto de ese espacio que cada hombre recorre en el itinerario de su vida, y es a la vez un bien especial de todos. Un bien de la humanidad misma.

En vosotros está la esperanza, porque pertenecéis al futuro y el futuro os pertenece. En efecto, la esperanza está siempre unida al futuro, es la espera de los "bienes futuros". Como virtud cristiana ella está unida a la espera de aquellos bienes eternos que Dios ha prometido al hombre en Jesucristo (3). Y contemporáneamente esta esperanza, en cuanto virtud cristiana y humana a la vez, es la espera de los bienes que el hombre se construirá utilizando los talentos que le ha dado la Providencia.

En este sentido a vosotros, jóvenes, os pertenece el futuro como una vez perteneció a las generaciones de los adultos y precisamente también con ellos se ha convertido en actualidad. De esa actualidad, de su forma múltiple y de su perfil son responsables ante todo los adultos. A vosotros os corresponde la responsabilidad de lo que un día se convertirá en actualidad junto con vosotros y que ahora es todavía futuro.

Cuando decimos que a vosotros os corresponde el futuro, pensamos en categorías humanas transitorias, en cuanto que el hombre está siempre de paso hacia el futuro. Cuando decimos que de vosotros depende el futuro, pensamos en categorías éticas, según las exigencias de la responsabilidad moral que nos impone atribuir al hombre como persona — y las comunidades y sociedades compuestas por personas — el valor fundamental de los actos, de los propósitos, de las iniciativas y de las intenciones humanas.

Esta dimensión es también la dimensión propia de la esperanza cristiana y humana. En esta dimensión, el primer y fun-

damental voto que la Iglesia, a través de mí, formula para vosotros, jóvenes, en este Año dedicado a la Juventud es que estéis "siempre prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere" (4).

CRISTO HABLA CON LOS JOVENES

2. Estas palabras, escritas un día por el Apóstol Pedro a la primera generación cristiana, están en relación con todo el Evangelio de Jesucristo. Nos daremos cuenta de esta relación de modo más claro, cuando reflexionemos sobre el coloquio de Cristo con el joven referido por los evangelistas (5). Entre muchos otros textos bíblicos es éste el primero que debe ser recordado aquí.

A la pregunta: "maestro bueno, ¿qué he de hacer para alcanzar la vida eterna?", Jesús responde con esta pregunta: "¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios". Y añade: "Ya sabes los mandamientos: No matarás, no adulterarás, no robarás, no levantarás falso testimonio, no defraudarás, honra a tu padre y a tu madre" (6). Con estas palabras Jesús recuerda a su interlocutor algunos de los mandamientos del Decálogo.

Pero la conversación no termina ahí. En efecto, el joven afirma: "Maestro, todo esto lo he guardado desde mi juventud". Entonces — escribe el Evangelista —, "Jesús, poniendo en él los ojos, le amó y le dijo: Una sola cosa te falta: vete, vende cuanto tienes y dalo a los pobres,

1) 1 Pe 3, 15.

2) Cf. Juan Pablo II, Encicl. *Redemptor hominis*, 14; AAS 71, 1979, 284 s.

3) Cf. Rom 8, 19, 21; Ef 4, 4; Flp 3, 10 s. Tit 3, 7; Heb 7, 19; 1 Pe 1, 13.

4) 1 Pe 3, 15.

5) Cf. Mc 10, 17-22; Mt 19, 16-22; Lc 18, 18-23.

6) Mc 10, 17-19.

y tendrás un tesoro en el cielo; luego ven y sígueme" (7).

En este momento cambia el clima del encuentro. El Evangelista escribe del joven que "se anubló su semblante y se fue triste, porque tenía mucha hacienda" (8).

Hay otros pasajes del Evangelio en los que Jesús de Nazaret encuentra a jóvenes. Particularmente sugestivas son las dos resurrecciones: la de la hija de Jairo (9) y la del hijo de la viuda de Nafn (10). Sin embargo, podemos admitir que el coloquio antes citado es sin duda el encuentro más completo y más rico de contenido. Se puede decir también que éste tiene carácter más universal y ultratemporal; es decir, que vale en cierto sentido, constante y continuamente, a lo largo de los siglos y generaciones. Cristo habla así con un joven, con un muchacho o muchacha; conversa en diversos lugares de la tierra en medio de las diversas naciones, razas y culturas. Cada uno de vosotros es un potencial interlocutor en este coloquio.

Al mismo tiempo todos los elementos de la descripción y todas las palabras dichas por ambas partes en tal conversación tienen un significado muy esencial, poseen su peso específico. Se puede decir que estas palabras contienen una verdad particularmente profunda sobre el hombre en general y, en especial, la verdad sobre la juventud humana. Son en verdad importantes para los jóvenes.

Permitidme, por ello, que como línea de fondo relacione mis reflexiones en esta Carta con ese encuentro y con ese texto evangélico. Quizá de esta manera será más fácil para vosotros desarrollar el propio coloquio con Cristo, un coloquio que es de importancia fundamental y esencial para un joven.

LA JUVENTUD, UNA RIQUEZA SINGULAR

3. Comenzaremos por lo que se en-

cuentra al final del texto evangélico. El joven se fue triste "porque tenía mucha hacienda".

Sin duda esta frase se refiere a los bienes materiales, de los que el joven era propietario o heredero. Quizá es ésta la situación propia de algunos, pero no es la típica. Por ello las palabras del Evangelista sugieren otra visión del problema: se trata del hecho de que la juventud por sí misma (prescindiendo de cualquier bien material) es una riqueza singular del hombre, de una muchacha o de un muchacho, y en la mayor parte de los casos es vivida por los jóvenes como una específica riqueza. La mayor parte de las veces, pero no siempre, no como regla, porque no faltan hombres que por diversos motivos no experimentan la juventud como riqueza. De ellos habrá que hablar por separado.

Hay sin embargo razones — incluso de tipo objetivo — para pensar en la juventud como en una singular riqueza que el hombre experimenta precisamente en tal período de su vida. Este se distingue ciertamente del período de la infancia (es, en efecto, la salida de los años de la infancia), como se distingue también del período de la plena madurez. Efectivamente, el período de la juventud es el tiempo de un descubrimiento particularmente intenso del "yo" humano y de las propiedades y capacidades que éste encierra. A la vista interior de la personalidad en desarrollo de un joven o de una joven se abre gradual y sucesivamente aquella específica — en cierto sentido única e irrepetible — potencialidad de una humanidad concreta, en la que está como inscrito el proyecto completo de la vida futura. La vida se delinea como la realización de tal proyecto, como "autorrealización".

7) Mc 10, 20 s.

8) Mc 10, 22.

9) Cf. Lc 8, 49-56.

10) Cf. Lc 7, 11-17.

La cuestión merece naturalmente una explicación desde muchos puntos de vista. Pero si queremos expresarlo brevemente, se revela precisamente tal perfil y forma de riqueza que es la juventud. Es la *riqueza de descubrir* y a la vez de *programar*, de *elegir*, de *prever* y de *asumir* como algo propio las primeras decisiones, que tendrán importancia para el futuro en la dimensión estrictamente personal de la existencia humana. Al mismo tiempo, tales decisiones tienen poca importancia social. El joven del Evangelio se encuentra en esta fase existencial, como deducimos de las mismas preguntas que hace en el coloquio con Jesús. Por ello, también las palabras conclusivas referentes a la "muchacha hacienda", es decir, a la riqueza, pueden entenderse en este sentido preciso: el de la riqueza que es la juventud misma.

Pero hemos de preguntarnos: esa riqueza que es la juventud, ¿debe acaso alegrar al hombre de Cristo? El Evangelista no dice esto ciertamente; el mismo examen del texto permite concluir más bien en sentido opuesto. En la decisión de alegrarse de Cristo han influido en definitiva sólo las riquezas exteriores, lo que el joven poseía ("la hacienda"). No lo que él era. Lo que él era, precisamente en cuanto joven —es decir, la riqueza interior que se esconde en la juventud—, le había conducido a Jesús. Y le había llevado a hacer aquellas preguntas, en las que se trata de manera más clara del *proyecto de toda la vida*. ¿Qué he de hacer? "¿Qué he de hacer para alcanzar la vida eterna?". ¿Qué he de hacer para que mi vida tenga pleno valor y pleno sentido?

La juventud de cada uno de vosotros, queridos amigos, es una riqueza que se manifiesta precisamente en estas preguntas. El hombre se las pone a lo largo de toda su vida. Sin embargo, durante la juventud ellas se imponen de un modo particularmente intenso, incluso insistente. Y es bueno que suceda así. Porque esas preguntas prueban la dinámica del desa-

rollo de la personalidad humana que es propia de vuestra edad. Estas preguntas os las ponéis a veces de manera impaciente, y a la vez vosotros mismos comprendéis que la respuesta a ellas no puede ser apresurada ni superficial. Ha de tener un peso específico y definitivo. Se trata de una *respuesta que se refiere a toda la vida*, que abarca el conjunto de la existencia humana.

De manera particular estas preguntas esenciales se las ponen vuestros coetáneos, cuya vida está marcada, ya desde la juventud, por el sufrimiento: por alguna carencia física, por alguna deficiencia, por algún "handicap" o limitación, por la difícil situación familiar o social. Si a pesar de todo ello su conciencia se desarrolla normalmente, la pregunta sobre el sentido y valor de la vida se convierte en algo esencial y a la vez particularmente dramático, porque desde el principio está marcada por el dolor de la existencia. ¿Cuántos de estos jóvenes se encuentran en medio de la gran multitud de jóvenes del mundo entero? ¿Cuántos son las diversas naciones, sociedades y en cada familia! ¿Cuántos se ven obligados a vivir desde la juventud en un establecimiento u hospital, condenados a una cierta pasividad que puede suscitar en ellos sentimientos de ser inútiles a la humanidad.

¿Se puede decir entonces que también su juventud es una riqueza interior? ¿A quién hemos de preguntar esto? ¿A quién han de poner ellos esta pregunta esencial? Parece que Cristo es en estos casos el único interlocutor competente, aquel que nadie puede sustituir plenamente.

DIOS ES AMOR

4. Cristo responde a su joven interlocutor del Evangelio. El le dice: "nadie es bueno sino sólo Dios". Hemos oído ya lo que el otro preguntaba. "Maestro bueno, ¿qué he de hacer para alcanzar

la vida eterna?", ¿Cómo actuar, a fin de que mi vida tenga sentido, pleno sentido y valor? Nosotros podemos traducir así su pregunta en el lenguaje de nuestro tiempo. En este contexto la respuesta de Cristo quiere decir: sólo Dios es el último fundamento de todos los valores; sólo El da sentido definitivo a nuestra existencia humana.

Sólo Dios es bueno, lo cual significa: en El y sólo en El todos los valores tienen su primera fuente y su cumplimiento final: en El "el alfa y la omega, el principio y el fin" (11). Solamente en El hayan su autenticidad y confirmación definitiva. Sin El —sin la referencia a Dios— todo el mundo de los valores creados queda como suspendido en un vacío absoluto, pierde su transparencia y expresividad. El mal se presenta como bien y el bien es descartado. ¿No nos indica esto mismo la experiencia de nuestro tiempo, dondequiera que Dios ha sido eliminado del horizonte de las valoraciones, de los criterios, de los actos?

¿Por qué sólo Dios es bueno? Porque El es amor. Cristo da esta respuesta con las palabras del Evangelio, y sobre todo con el testimonio de la propia vida y muerte: "Porque tanto amó Dios al mundo, que le dio su unigénito Hijo" (12). Dios es bueno porque "es amor" (13).

La pregunta sobre el valor, la pregunta sobre el sentido de la vida —lo hemos dicho— forma parte de la riqueza particular de la juventud. Brota de lo más profundo de las riquezas y de las inquietudes, que van unidas al proyecto de vida que se debe asumir y realizar. Más todavía cuando la juventud es probada por el sufrimiento personal o es profundamente consciente del sufrimiento ajeno; cuando experimenta una fuerte sacudida ante las diversas formas del mal que existe en el mundo; y finalmente cuando se pone frente al misterio del pecado, de la iniquidad humana (*mysterium iniquitatis*) (14). La respuesta de Cristo equivale a:

sólo Dios es bueno, sólo Dios es amor. Esta respuesta puede parecer difícil, pero a la vez es firme y verdadera; lleva en sí la solución definitiva. Ruego insistentemente, a fin de que vosotros, jóvenes amigos, escuchéis esta respuesta de Cristo de modo verdaderamente personal, para que encontréis el camino interior que os ayude a comprenderla, para aceptarla y hacerla realidad.

Así es Cristo en la conversación con el joven. Así es en el coloquio con cada uno y cada una de vosotros. Cuando le preguntáis: "Maestro bueno...", El pregunta: "¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios". Como si dijera: el hecho de que yo sea bueno da testimonio de Dios. "El que me ha visto a mí ha visto al Padre" (15). Así habla Cristo, maestro y amigo, Cristo crucificado y resucitado; el mismo ayer, hoy y por los siglos (16).

Este es el núcleo, el punto esencial de la respuesta a las preguntas que vosotros, jóvenes, hacéis a El mediante la riqueza que hay en vosotros y que está arraigada en vuestra juventud. Este abre ante vosotros diversas perspectivas, os ofrece como tarea el proyecto de una vida entera. De ahí la pregunta sobre los valores; de ahí la pregunta sobre el sentido, sobre la verdad, sobre el bien y el mal. Cuando Cristo al responderos os manda referir todo esto a Dios, os indica a la vez cuál es la fuente de ello y el fundamento que está en vosotros. En efecto, cada uno de vosotros es imagen y semejanza de Dios por el hecho mismo de la creación (17). Tal imagen y semejanza hace precisamente que os pongáis estas preguntas que os debéis plantear. Ellas demuestran hasta qué punto el hombre

11) Ap 21,6.

12) Jn 3, 16.

13) 1 Jn 4, 8, 16.

14) Cf. 2 Tes 2, 7.

15) Jn 14, 9.

16) Cf. Heb 13, 8.

17) Cf. Jn 1, 26.

sin Dios no puede comprenderse a sí mismo ni puede tampoco realizarse sin Dios. Jesucristo ha venido al mundo ante todo para hacer a cada uno de nosotros conscientes de ello. Sin El esta dimensión fundamental de la verdad sobre el hombre caería fácilmente en la oscuridad. Sin embargo, "vino la luz al mundo" (18), "pero las tinieblas no la acogieron" (19).

LA PREGUNTA SOBRE LA VIDA ETERNA

5. ¿Qué he de hacer para que la vida tenga valor, tenga sentido? Esta pregunta apasionante, en boca del joven del Evangelio suena así: "¿Qué he de hacer para alcanzar la vida eterna?". El hombre que pone la pregunta de esta manera, ¿habla un lenguaje comprensible para los hombres de hoy? ¿No somos nosotros la generación a la que *el mundo y el progreso temporal* llenan completamente el horizonte de la existencia? Nosotros pensamos ante todo con categorías terrenas. Si superamos los confines de nuestro planeta, lo hacemos para inaugurar los vuelos interplanetarios, para transmitir señales a otros planetas y enviar hacia ellos sondas cósmicas.

Todo esto se ha convertido en el contenido de nuestra *civilización moderna*. La ciencia junto con la técnica ha descubierto de modo inigualable las posibilidades del hombre con respecto a la materia, y ha conseguido también *dominar el mundo interior* de su pensamiento, de sus capacidades, tendencias y pasiones.

Pero a la vez es claro que, cuando nos ponemos ante Cristo, cuando El se convierte en el confidente de los interrogantes de nuestra juventud, *no podemos poner una pregunta diversa* de la del joven del Evangelio: "¿Qué he de hacer para alcanzar la vida eterna?". Cualquier otra pregunta sobre el sentido y valor de nuestra vida sería, ante Cristo, insuficiente y no esencial.

En efecto, Cristo no sólo es el "maestro bueno" que indica los caminos de la vida sobre la tierra. El es el *testigo* de aquellos *destinos definitivos* que el hombre tiene en Dios mismo.

El es el testigo de la *inmortalidad* del hombre. El Evangelio, que El anunciaba con su voz está sellado definitivamente con la cruz y la resurrección en el misterio pascual, "Cristo, resucitado de entre los muertos, ya no muere, la muerte no tiene ya dominio sobre El" (20). En su *resurrección* Cristo se ha convertido también en un permanente "signo de contradicción" (21) frente a todos los programas incapaces de conducir al hombre *más allá de las fronteras de la muerte*. Más aún, ellos con este confin eliminan toda pregunta del hombre sobre el valor y el sentido de la vida. Frente a todos estos programas, a los modos de ver el mundo y a las ideologías, Cristo repite constantemente: "Yo soy la resurrección y la vida" (22).

Por tanto, si tú, querido hermano y querida hermana, quieres hablar con Cristo adhiriéndote a toda la verdad de su testimonio, por una parte has de "amar al mundo"; porque Dios "tanto amó al mundo, que le dio su Hijo unigénito" (23); y, al mismo tiempo, has de *conseguir el desprendimiento interior* respecto a toda esta realidad rica y apasionante que es "el mundo". Has de decidirte a plantearte la pregunta sobre la *vida eterna*. En efecto, "pasa la apariencia de este mundo" (24), y cada uno de nosotros estamos sometidos a este pasar. El hombre nace con la *perspectiva* del día de su muerte en la dimensión del mundo visible; y al mismo tiempo el hombre, para

18) Jn 3, 19; cf. 1, 9.

19) Jn 1, 5.

20) Rom 5, 9.

21) Lc 2, 34.

22) Jn 11, 25.

23) Jn 3, 16.

24) 1 Cor 7, 31.

quien la razón interior de ser consiste en superarse a sí mismo, lleva consigo también todo aquello con lo que *supera al mundo*.

Todo aquello con que el hombre supera en sí mismo al mundo —aún estando radicado en él— se explica por la imagen y semejanza de Dios que está inscrita en el ser humano desde el principio. Y todo esto con lo que el hombre supera al mundo *no solamente justifica el interrogante sobre la vida eterna*, sino que, incluso, lo hace indispensable. Esta es la pregunta que los hombres se plantean desde hace tiempo, y no sólo en el ámbito del mundo cristiano, sino también fuera de él. Vosotros debéis tener también el valor de ponerla como el joven del Evangelio. El cristianismo nos enseña a *comprender la temporalidad desde la perspectiva del reino de Dios*, desde la perspectiva de la vida eterna. Sin ella, la temporalidad, incluso la más rica o la más formada en todos los aspectos, al final lleva al hombre sólo a la inevitable necesidad de la muerte.

Ahora bien, existe una *antinomía entre la juventud y la muerte*. La muerte parece estar lejos de la juventud. Y así es. Más aún, dado que la juventud significa el proyecto de toda la vida, construido según el criterio del sentido y del valor, también durante la juventud se hace indispensable *la pregunta sobre el final*. La experiencia humana dejada a sí misma, da la misma respuesta que la Sagrada Escritura: "Está establecido morir una vez" (25). Y el escrito inspirado añade: "Después de esto viene el juicio" (26). Y Cristo dice: "Yo soy la *resurrección y la vida*; el que cree en mí, aunque muera, vivirá" (27). Preguntad, por tanto, a Cristo como el joven del Evangelio: "¿Qué he de hacer para alcanzar la vida eterna?".

25) Heb 9, 27.

26) Jb.

27) Jn 11, 25 s.

SOBRE LA MORAL Y LA CONCIENCIA

6. A este interrogante Jesús responde: "Ya sabes los mandamientos", y a continuación enumera dichos mandamientos que forman parte del Decálogo. Moisés los había recibido sobre el monte Sinaí en el momento de la *Alianza entre Dios e Israel*. Estos fueron escritos sobre tablas de piedra (28) y constituían para todo israelita una diaria indicación del camino (29). El joven que habla con Cristo *conoce* naturalmente de memoria los mandamientos del Decálogo; es más, puede decir con alegría: "Todo esto lo he guardado desde mi juventud" (30).

Hemos de suponer que en este diálogo que Cristo sostiene con cada uno de vosotros, jóvenes, *se repita la misma pregunta: ¿Sabes los mandamientos?* Esta se repetirá infaliblemente, porque los mandamientos forman parte de la Alianza entre Dios y la humanidad. Los mandamientos determinan las bases esenciales del comportamiento, deciden el *valor moral de los actos humanos*, permanecen en relación orgánica con la vocación del hombre a la vida eterna, con la instauración del reino de Dios en los hombres y entre los hombres. En la palabra de la Revelación divina está escrito con claridad el *código de la moralidad* del cual permanecen como punto clave las tablas del Decálogo del monte Sinaí y cuyo ápice se encuentra en el Evangelio: en el sermón de la montaña (31) y en el mandamiento del amor (32).

Este código de moralidad encuentra al mismo tiempo otra redacción. Dicho código está inscrito en la *conciencia moral de la humanidad*, de tal manera que quienes no conocen los mandamientos, esto

28) Cf. Ex 34, 1; Dt 9, 10; 2 Cor 3, 3.

29) Cf. Dt 4, 5-9.

30) Mc 10, 20.

31) Cf. Mt 5-7.

32) Cf. Mt 22, 37-40; Mc 12, 29-31; Lc 10, 27.

es, la ley revelada por Dios, "son para sí mismos ley" (33). Así lo escribe San Pablo en la Carta a los Romanos; y añade a continuación: "Con esto muestran que los preceptos de la ley están inscritos en sus corazones, siendo testigo su conciencia" (34).

Tocamos aquí problemas de suma importancia para vuestra juventud y para el proyecto de vida que de ella emerge.

Dicho proyecto se conforma con la perspectiva de la vida eterna en primer lugar a través de la verdad de las obras sobre las que será construido. La verdad de las obras halla su fundamento en aquella doble redacción de la ley moral: la que se encuentra escrita en las tablas del Decálogo de Moisés y en el Evangelio, y la que está esculpida en la conciencia moral del hombre. Y la conciencia se presenta como testigo de aquella ley, como escribe San Pablo. Esta conciencia —según las palabras de la Carta a los Romanos— son "las sentencias con que entre sí unos y otros se acusan o se excusan" (35). Cada uno sabe hasta qué punto estas palabras corresponden a nuestra realidad interior; cada uno de nosotros desde la juventud experimenta la voz de la conciencia.

Por tanto, cuando Jesús en el coloquio con el joven enumera los mandamientos: "No matarás, no adulterarás, no robarás, no levantarás falso testimonio, no defraudarás, honra a tu padre y a tu madre" (36), la recta conciencia responde a las respectivas obras del hombre con una reacción interior: ella acusa o excusa. Hace falta, sin embargo, que la conciencia no esté desviada; hace falta que la formulación fundamental, de los principios de la moral, no ceda a la deformación bajo la acción de cualquier tipo de relativismo o utilitarismo.

¡Queridos jóvenes amigos! La respuesta que Jesús da a su interlocutor del Evangelio, se dirige a cada uno y a cada uno de vosotros. Cristo os interroga sobre el estado de vuestra sensibilidad moral y

pregunta al mismo tiempo sobre el estado de vuestras conciencias. Es ésta una pregunta clave para el hombre; es el interrogante fundamental de vuestra juventud, válida para todo el proyecto de vida que, precisamente, ha de construirse durante la juventud. Su valor es el que está más estrechamente unido a la relación que cada uno de vosotros tiene respecto al bien y al mal moral. El valor de este proyecto depende en modo esencial de la autenticidad y de la rectitud de vuestra conciencia. Depende también de su sensibilidad.

De esta manera nos hallamos aquí en un momento crucial, en el que temporalidad y eternidad se encuentran a cada paso a un nivel que es propio del hombre. Es el nivel de la conciencia, el nivel de los valores morales; ésta es la dimensión más importante de la temporalidad y de la historia. En efecto, la historia se escribe no sólo con los acontecimientos que se suceden en cierta manera "desde fuera", sino que está inscrita antes que nada "desde dentro": es la historia de la conciencia humana, de las victorias o de las derrotas morales. Aquí encuentra también su fundamento la esencial grandeza del hombre; su dignidad auténticamente humana. Este es el tesoro interior con el que el hombre se supera constantemente a sí mismo en dirección a la eternidad. Si es verdad que "está establecido que los hombres mueren una sola vez", es también verdad que el tesoro de la conciencia, el depósito del bien y del mal, lo lleva el hombre más allá de la frontera de la muerte para que, en presencia de Aquel que es la santidad misma, encuentre la última y definitiva verdad sobre toda su vida: "Después de esto viene el juicio" (37).

Así sucede precisamente con la con-

33) Rom 2, 14.

34) Rom 2, 15.

35) Ib.

36) Mc 10, 19.

37) Heb 9, 27.

ciencia: en la verdad interior de nuestros actos se halla, en cierto sentido, constantemente presente la dimensión de la vida eterna. Y a la vez la misma conciencia, a través de los valores morales, imprime el sello más expresivo en la vida de las generaciones, en la historia y en la cultura de los ambientes humanos, de la sociedad, de las naciones y de la humanidad entera.

¡Cuánto depende en este campo de cada uno y cada uno de vosotros!

"JESUS, PONIENDO EN EL LOS OJOS, LE AMO"

7. Continuando en el examen del coloquio de Cristo con el joven, entramos ahora en otra fase. Esta es nueva y decisiva. El joven ha recibido la respuesta esencial y fundamental a su pregunta: "¿Qué he de hacer para alcanzar la vida eterna?". Y esta respuesta coincide con todo el camino recorrido hasta ahora en su vida: "Todo esto lo he guardado desde mi juventud". ¡Cómo deseo ardientemente para cada uno de vosotros que el camino de vuestra vida recorrido hasta ahora coincida de igual modo con la respuesta de Cristo! Más aún, deseo que la juventud os dé una base robusta de sanos principios; que vuestra conciencia consiga ya en estos años de la juventud aquella transparencia madura que en vuestra vida os permitirá a cada uno ser siempre "personas de conciencia", "personas de principios", "personas que inspiran confianza", esto es, que son creíbles. La personalidad moral así formada constituye a la vez la contribución más esencial que vosotros podréis aportar a la vida comunitaria, a la familia, a la sociedad, a la actividad profesional y también a la actividad cultural o política, y, finalmente, a la comunidad misma de la Iglesia con la que estáis o podréis estar ligados un día.

Se trata aquí a la vez de una plena y

profunda autenticidad de la humanidad y de una igual autenticidad en el desarrollo de la personalidad humana, femenina o masculina, con todas las características que constituyen el rasgo irrepitible de esta personalidad y que al mismo tiempo provocan una múltiple resonancia en la vida de la comunidad y de los ambientes, comenzando por la familia. Cada uno de vosotros debe contribuir de algún modo a la riqueza de estas comunidades, en primer lugar, mediante lo que él es. ¿No se abre en esta dirección la juventud que es la riqueza "personal" de cada uno de vosotros? El hombre se lee a sí mismo, su propia humanidad, tanto como el propio mundo interior, cuanto como el terreno específico del ser "con los demás", "para los demás".

Justamente aquí asumen un significado decisivo los mandamientos del Decálogo y del Evangelio, especialmente el mandamiento de la caridad que abre al hombre hacia Dios y hacia el prójimo. La caridad, de hecho, es "el vínculo de la perfección" (38). Por medio de ella maduran más plenamente el hombre y la fraternidad interhumana. Por esto la caridad es más grande (39); es el primero entre todos los mandamientos; es el primero de ellos, como nos enseña Cristo (40); en él, todos los demás están encerrados y unificados.

Os deseo, pues, a cada uno de vosotros que los caminos de vuestra juventud se encuentren con Cristo para que podáis confirmar ante Él, con el testimonio de la conciencia, este código evangélico de la moral a cuyos valores, en el curso de las generaciones, se han acercado de alguna manera tantos hombres grandes de espíritu.

No es éste el lugar de citar las comprobaciones de ello que se hallan en toda la historia de la humanidad. Es verdad que desde los tiempos más antiguos el dicta-

38) Col 3, 14.

39) Cf. 1 Cor 13, 13.

40) Cf. Mt 22, 38.